

YO, LÁZARO

Curtis Garland

CIENCIA FICCION

CURTIS GARLAND

YO, LAZARO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 382
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1977

«...Pero algunos de ellos añadieron: "Y éste que abrió los ojos del ciego ¿no podría haber hecho también que este hombre no muriera?". Estremeciéndose de nuevo, Jesús llegó al sepulcro, que era una cueva con una piedra superpuesta...

«Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto, y dijo: "Padre, yo te doy las gracias por haberme escuchado. Yo bien sabía que me escuchas siempre; pero lo he dicho por este pueblo que me rodea, para que crea que Tú me enviaste". Y después de decir esto, gritó con voz potente: "¡Lázaro, sal fuera!" Salió el muerto, con los pies y las manos atados con vendas, y con el rostro envuelto en un sudario. Díceles Jesús: "Desatadlo y dejadlo ir."»

San Juan, 11: Versículos 37, 38, 41, 42, 43 y 44.
(Nuevo Testamento)

PRÓLOGO

Se quedó mirándome fijamente. Muy fijamente.

Dijo algo extraño, algo que no pude entender.

—Usted no puede hacerme nada, amigo.

—¿No? —dudé—. ¿Por qué no puedo hacerle nada?

—Sería un crimen. Usted me tiene que respetar.

Era una sabandija. Pero todo estaba de su parte y él lo sabía. Me miraba desafiante, burlón. Conocía las leyes.

Las leyes...

A veces, no existe cosa más injusta. Pero están escritas por los hombres para que sean respetadas.

—Usted es un canalla —dije despacio, apretando mis fuertes manos, estrujándolas casi, con ira.

—Tendrá que probarlo, amigo —se burló él—. Y no es tan fácil,

no crea. Nuestro mundo es un mundo organizado. No sé de qué jungla ha venido usted, pero yo sé mis derechos, y no permitiré que nadie los pise.

Traté de ser paciente, de no perder el control de mí mismo:

—He trabajado para usted estos tres meses. Debo cobrar, puesto que ya no me necesita y, además me han robado aquí mis ahorros, cuanto poseía...

—Eso tendrá que probarlo y no creo que pueda —rió él—. Ya le dije que admito que tenía usted ahorros, admito que trabajó en mi granja, pero... nada de eso puede demostrarlo ante la ley. —Yo se lo entregué a usted para que me guardase ese dinero...

—Lo siento, amigo —meneó la cabeza con acritud—. Tampoco puede probarlo. ¿Tiene algún comprobante?

—No era necesario. Las personas honradas...

—No se fíe de las personas honradas. No las hay —rió, cínico—. Yo me quedo con su dinero. O mi esposa se queda con él, ¿qué más da? No puede probar nada. Se tiene que largar. No hay ley que lo ampare. Además, usted parece extranjero. ¿Cuál es su nombre?

—Janos, Janos Siodmak —dije, tímido.

—¿Lo ve? Un cochino extranjero. No, no probará nada a nadie. Vamos, vamos, lárguese.

Empecé a enfurecerme. No quería, pero me enfurecí.

—Suponga que no me voy. Suponga que le hago escupir todo lo que hizo y dijo.

—Tendría que matarme —rió él—. Y eso no va a hacerlo usted. Es la pena capital en este Estado.

Y me dio un empellón, incluso una patada en mi espalda. No debió hacerlo. A la vez, decía insultante:

—Ya aprenderá a conocer a la gente y no fiarse de nadie. Estos golpes son los que le curten a uno, imbécil. ¡Vamos, fuera de mi casa! Fuera, extranjero...

Vivir mil años... Eso tenía gracia. Mucha gracia.

Pero los golpes e insultos no tenían gracia. No eran justos. El mundo nunca es demasiado justo con uno.

Me enfurecí. Me volví. Y le maté...

—Yo, le maté. Yo, Janos Siodmak. Yo. Yo, que puedo usar cien, mil nombres, Incluso uno lejano. Uno... «Lázaro»«Yo, Lázaro, maté a aquél hombre. Allí mismo.

* * *

—Le mató —dijo uno de ellos—. Le mató, sí. Pero diablos ¿cómo lo hizo?

Contemplaron una vez más el cuerpo del granjero, sin huellas de violencia, Pero bien muerto.

Luego, los policías contemplaron, perplejos, al hombre alto, enjuto, de grandes manos y rostro sombrío. Uno de los detectives caminó hacia él decidido.

—Ese hombre está muerto. Reventado por dentro —masculló—. Le mató usted, lo ha admitido. SI, pero ¿cómo pudo matarle? ¿Con qué le golpeó y en qué forma, para provocarle tal destrozo interior?

El hombre se encogió de hombros.

—Sencillamente, lo maté —dijo una vez más.

—¡Infiernos, ya lo sé! —se enfadó el policía—. Pero tuvo que haber un medio, un arma, un procedimiento.

—No, ninguno. No hubo ninguno —negó él, calmoso.

—Eso es imposible, amigo. No me venga con historias. ¿Le golpeó bajo una ducha, hasta matarle?

—No había ninguna ducha. No había agua. Le maté ahí mismo, señor.

—Es cierto —afirmó el forense, junto al cadáver—. No hay huellas de agua, aquí.

—Que me ahorquen sí entiendo esto —jadeó furioso el detective —. Usted no le golpeó, pero está triturado. Veamos, Siodmak., ¿dijo llamarse así? Janos Siodmak.

—Eso es, sí.

—Bien, Siodmak. Usted le mató. ¿Cómo?

—Quise matarle. Eso es todo. Lo quise…

Así de sencillo. Exasperado, el policía se frotó el mentón, contemplando con ira al extraño personaje.

—Bueno, eso va a aclararlo de una maldita vez por todas ante el fiscal —masculló—. Pero nadie va a librarle de la cámara de ejecuciones, amigo.

El homicida se encogió de hombros, indiferente.

—Al menos sí me dirá los motivos que tuvo para hacer esto —gruñó el policía.

—Ninguno —dijo el convicto apaciblemente—. Era una mala

persona. Las malas personas deben morir. Matar no es tan malo. Se mata en las guerras. Se mata cuando es necesario. Esa vez, era necesario hacerlo.

Eso era todo. El detective farfulló algo y ordenó llevar al asesino. Luego, juró rabioso entre dientes.

LIBRO PRIMERO
CUANDO LE CONOCÍ A ÉL

1

Debería decir que conocí a «Lázaro» un día que iba a ser, para mí, el primero de una nueva y sorprendente existencia.

«Lázaro», o «él», que de ambas maneras describía yo a mí hombre. Al hombre sorprendente y portentoso que me fue dado conocer de la forma más insólita.

También de una forma trágica, siniestra y oscura.

Entonces conocí a aquel hombre. A mi personaje. Al ser a quien había ido a ver, perdiendo horas de sueño, de descanso. Y también perdiéndome una cita muy agradable con una chica tan atractiva como era Doris. Pero éste era mi trabajo. Uno nunca sabía cuándo debía dejarlo todo parir a alguna parte a enfrentarse con algo que podía ser excitante o ingrato.

Esta vez tocaba lo ingrato. Lo muy ingrato.

Siempre es ingrato ir a ver morir a un hombre.

Sobre todo, en una cámara de gas. En una penitenciaria. Acusado de asesinato. Sin posible apelación.

Ese era el caso de mi personaje. «El» iba a ser ejecutado esa madrugada. Y yo tenía que asistir.

Cuando mi coche me condujo a aquel lugar capaz de producir un escalofrío a cualquier delincuente del Estado de California, yo solamente sabía que el sujeto se llamaba Janos Siodmak, era de origen centroeuropeo, de una familia emigrante, y su muerte en la cámara de gas, por ser la primera en el Estado de California tras un largo período en que la pena capital estuvo en suspenso, tenía al parecer cierto morboso interés para los lectores de mi periódico.

Yo sabía todo eso cuando entré en el edificio rigurosamente

vigilado y controlado que era San Quintín, cosa de media hora antes de la señalada para la ejecución.

Lo que no sabía es que un asesino llamado Janos Siodmak, primera víctima de la reimplantada pena de muerte en el Estado, iba a significar tanto en mi vida misma,., después de muerto él.

No podía saberlo. Y si alguien me lo hubiera anunciado, le hubiese tomado por el más loco del mundo.

Sin embargo, así sucedió. Y así comenzó. En la penitenciaría de San Quintín. Minutos antes de ser llevado a la cámara de gas el recluso Janos Siodmak, convicto de asesinato en primer grado.

—¿Es su nombre?

—Sí. De familia húngara, según parece —me confirmó un funcionario de la penitenciaría.

—¿Cómo es el tipo?

—¿Siodmak? —el penitenciario se encogió de hombros—. No sé...

—¿No sabe? —me sorprendí—. Creí que era usted el encargado de proporcionar datos a la Prensa.

—Y así es. Pero lo que puedo facilitarle son datos fríos y concretos. Cifras, nombres y cosas así. Usted me preguntó por él como persona.

—¿Y no lo sabe?

—Es difícil decirlo —desvió su mirada—. Es un hombre... raro.

—¿Raro? Usted estará habituado a ver asesinos, delincuentes de todo tipo.

—Por eso lo digo. Este no es como los demás.

—¿Acaso teme... teme que sea inocente? —sugerí, pensando rápidamente en la posibilidad fascinante de un gran reportaje en tomo a un tremendo error judicial.

—No, eso no. Es más, creo que es culpable. Endemoniadamente culpable. También él lo cree.

—¿Lo cree? Supongo que lo sabe.

—Ahí está lo raro —sacudió la cabeza el hombre con aire perplejo—. Es un tipo extraño. A veces, parece dudar de si es justo o no es justo matar...

—¿Le han examinado los psiquiatras? —sugerí.

—Sí. Es perfectamente normal. Nada en su mente. Pero se encierra en sí mismo. Rechaza a la gente, no acepta la camaradería,

la cordialidad, la compasión... A veces, es duro y amargo; otras de un cinismo desconcertante, agresivo.

—Lástima —murmuré—. Me gustaría hablar con él antes... antes de que todo empiece.

—No puede ser. No se autorizan entrevistas. Se le permitirá verle, pero nada más.

—Ya —sacudí la cabeza—. ¿Cómo acogió... la noticia de que esto es definitivo?

—Ni bien ni mal. Se encogió de hombros. Y dijo algo sobre el destino del hombre...

—Claro —volví a bostezar, pero no de sueño. Me había despejado. Sentía nerviosismo. Un raro nerviosismo. Miré a otros compañeros de la Prensa, duchos en tales crónicas. Hablaban y fumaban o tomaban whisky, como si estuvieran en el descanso de un partido de fútbol.

—Si quiere ver al reo, venga —invitó en voz baja, señalando una puerta—. Sólo un momento, claro. Está el alcaide con él. Y el reverendo estará dentro de unos minutos en su celda. Los demás tienen también derecho a verle, si lo desean. Pero están habituados a estas cosas. No se molestan por nada.

Le seguí. Me llevó por un corredor. Tuve que exhibir mi pase., y el resguardo que justificaba mi carencia de armas u objetos peligrosos, firmado por el oficial de la zona, antes de ser introducido en una cámara desnuda, de muros grises, fría como una tumba. Allí había un panel en la pared. Lo deslizó silenciosamente.

Estaba frente al condenado a muerte.

Un vidrio transparente, como un ventanal, nos separaba. El me contempló fijamente a través de ese vidrio. Me miraba con rara fijeza. Luego, se frotó el rostro levemente sombreado por la barba de un par de fechas.

—No tema —rió él—. No es lo que cree. No le está viendo. Es un espejo por su lado.

—Oh, eso es distinto —dije, con alivio. Y volví a contemplar al hombre.

Era «él». Yo entonces no lo sabía aún. No podía saberlo. Pero era «él»,..

Me defraudó un poco su aspecto vulgar, su rostro enjuto, su pelo gris, a mechones, su mirada febril... No, ésa no me defraudó. Era

una mirada extraña. Profunda, inquieta, ardiente y taladrante. Casi temí que pudiera atravesar el vidrio que fingía ser un espejo en su celda.

—Vamos —pedí, tras respirar con fuerza—. Ya está todo visto...

—El alcaide ya entra ahora —señaló, cuando abandonábamos la cámara—. Y el reverendo viene detrás... Son los últimos momentos, antes de iniciar la marcha»

Miré, antes de que cerrase el visor. Me estremecí. Los ojos febriles estaban fijos en mí. Ojos profundos, no muy grandes, color ámbar rojizo, ardientes. Era una sensación demasiado vivaz. Yo no podía dudar del celador de San Quintín, pero... sentí como si nuestras miradas se cruzasen a través de lo imposible.

Salimos. Regresé a la cámara de invitados de Prensa, policía, médicos y demás personas habituales.

Todos ellos mantenían aquella indiferencia propia de los que están hartos de ver una misma cosa con cierta frecuencia. Y eso que la pena capital había estado abolida en el Estado de California...

Fumaban, charlaban, pedían bebidas refrescantes o café, sin la más leve emoción en sus gestos y ademanes. Les admiré. Hubiera querido estar en su misma situación, pero eso no me era posible.

Me acerqué a una máquina de servir café, para proveerme de uno sin azúcar y tratar de alejar con él de mi estómago aquella sensación de vacío.

Estaba tomando uno de los recipientes de cartón encerado, cuando sonó la voz a mis espaldas:

—Señor Raines, por favor... Venga un momento.

Me volví. Era el celador. Tenía una expresión rara, un aire de viva desorientación, de aturdimiento tal vez. Asintió, con la cabeza, confirmando su llamada. Dejé el café. Había algo grave en sus ojos, serios y entornados. Caminé hacia él.

—Venga —me pidió—. Ha ocurrido algo extraño. Tiene que acompañarme.

—¿A dónde? —pedí, perplejo.

—A la celda del condenado a muerte.

Pestañeé con viveza. Me alegré de no haber tomado previamente el vaso de café.

—¿Qué ocurre ahora? —indagué—. ¿Esto también forma parte de la rutina?

—No. En absoluto —me negó—. Es más, resulta una excepción inaudita. Nunca ha sucedido antes.

Estaba completamente aturdido. Traté de entender algo, pero él ya caminaba rápido, saliendo de la cámara de invitados. Le seguí. Creo que nadie se había dado cuenta de lo que sucedía.

—¿Por qué sucede ahora conmigo, si nunca sucedió antes? —quise saber.

—Lo ignoro —iba delante de mí y le vi encogerse de hombros—. Lo único que sé, es que la ley fija taxativamente que nadie puede negarse a la última voluntad de un condenado a muerte.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que la última voluntad de Janos Siodmak, antes de ser ejecutado en la cámara de gas… es la de verle a usted durante cinco minutos, a solas.

—¡Verme a mí! ¿A mí?

—Sí —me miró con sus ojos profundos, color ámbar ardiente perdidos allá, en el fondo de sus sumidas cuencas—. Verle a usted.

—¿Por qué? Ni siquiera me conoce.

—Le vi —sonrió. Señaló el espejo, tras de nosotros. Me volví, con un respingo. En la celda especial de la última noche, el espejo metalizado reflejó nítidamente nuestras imágenes, la televisión y la radio situadas en el muro opuesto, la mesa con la cena final, opípara y bien condimentada. Había cenado bastante, observé. También noté que había una copa de champaña mediada.

—Pero… pero no es posible —rechacé, sorprendido—. Ese espejo…

—Un espejo no es más que un cristal. Se puede ver a través de los espejos. ¿Usted no lo intentó nunca?

—No, nunca. Y no creo que me pudiera ver.

—¿Cómo, entonces, supone que pude verle? —la sombra de una tenue sonrisa flotó en sus labios delgados.

—No lo sé —me sentía inquieto, desasosegado, dentro de aquella celda de lujo, pese a la presencia del alcaide de San Quintín, de seis celadores armados y del reverendo de la prisión, agrupados allá afuera.

—Hay cosas que unos hombres pueden hacer, y otros no —recitó como el que reflexiona en voz alta—. Es cuestión de tiempo…Y yo tengo tanto tiempo…

Le contemplé. Tal vez estaba loco. Tiempo… Si algo no contaba ya para él, era precisamente el tiempo. Miré de soslayo mi reloj de pulsera. Las seis menos doce minutos. A las seis era el momento.

—No, no es lo que piensa —dijo, y le oí reír suavemente, sin apenas distender sus labios—. Ese tiempo que usted calcula ahora, es el tiempo suyo, no el mío.

—El tiempo es el mismo para todos, Siodmak —repliqué, algo secamente.

—Tal vez —hubo una leve turbación en el fondo ambarino de sus pupilas—. Tal vez tenga usted razón sin proponérselo, señor Raines. El tiempo es igual para todos, pero no todos nos movemos en él a la misma velocidad ni en la misma dirección.

—Hay teorías filosóficas y todo eso, pero la verdad material es incontrovertible.

—Filosofías… —pareció hacerle gracia la palabra—. Señor Raines, alguien dijo una vez que hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que puede comprender la filosofía del hombre…

—Hamlet —recordé—. Acto primero.

—Admirable —sus ojos fueron ahora tremendamente burlones, clavados en mí—. Pero los minutos pasan, se agotan. Y eso sí que forma parte de su tiempo, que en este momento también es mío.

—Dijo que quería verme y hablarme a solas. ¿Por qué?

—Eso ya lo preguntó antes. Le dije que le vi a través del espejo y usted no quiso creerme. Yo no hablaba de ese espejo —señaló vagamente al muro—. Hablaba de otro espejo más profundo y difícil de atravesar. Entre usted y yo se estableció una súbita corriente que nos puso en contacto. Usted supo entonces que yo le miraba»

—Sí —musité—. Es cierto.

—Señor Raines, no tema por mí. Voy a morir ahora, pero la muerte no siempre es como la gente cree. La muerte tampoco es igual para todos. Existen conceptos que saltan ciertas reglas inmutables en apariencia. Es difícil de explicar y no hay tiempo para ello —súbitamente. me tomó por un brazo—. Señor Raines, quiero que nos veamos de nuevo mañana.

Mañana.

Sentí que el cabello se erizaba en mi nuca. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal con sutiles vibraciones.

Janos Siodmak hablaba de mañana. E iba a ser ejecutado sólo diez minutos más tarde…

Era como si leyera mis pensamientos y yo lo sabía. Su mano, nervuda y flaca, de largos dedos fibrosos y fuertes oprimía mi brazo con fuerza. Era como sentir una tenaza helada en tomo. Con el hielo de la muerte.

—Siodmak, no entiendo nada de esto —susurré—. Usted parece negarse a admitir que…

—Yo no niego nada —me cortó en seco—. Es usted quien se niega a admitir lo que no entiende. No le pido que entienda. Sólo le ruego que vaya a verme.

—A verle… ¿adonde?

—Eso está mejor —suspiró—. Una pregunta correcta y breve, aunque sé en qué sentido lo hace. No, no le pido que vaya al cementerio ni a sacarme de la tumba. Sería grotesco y no tendría sentido. Nadie reclamará mi cadáver para los funerales. El Estado acostumbra a hacer esos trámites cuando no hay familia ni amigos. Evítelo usted. Reclame mi cadáver y el derecho a encargar mis funerales. Tiene que hacerlo ¿entiende?

Me envolvía en su mirada ardiente. No afirmé pero supe que lo haría.

—Entonces acuda a una funeraria de San Francisco, a Hillman Mortuory, en Russian Hill. Encárgueles todo lo referente a mi óbito. Janos Siodmak será llevado allí, como usted encargue. Después de morir yo, el alcaide de la prisión le hará entrega de algunas pertenencias mías. Entre ellas habrá dinero para costear esos gastos.

—La hora, Siodmak —habló, tajante, el celador—. Señor Raines, terminó el tiempo concedido.

—Sí, sí, ya voy —y me enjugué la transpiración de la frente, casi aliviado. Miré a mi interlocutor, como disculpándome—. Ya les oyó, Siodmak. Ahora debo irme.

—Lo sé. Prométame que hará lo que le pido. Solamente eso. Y mañana, por la noche, pase por Hillman Mortuory para verme.

Esta vez afirmé, aturdido. El insistió, con voz ronca, mientras la puerta de la celda se abría:

—Prométalo.

—Lo… prometo —murmuré, tratando de salir precipitadamente de la celda. Pero aún me oprimía la fuerza del brazo. Y le oí decir

algo entre dientes.

Algo que me causó un inexplicable horror, una sorpresa violenta:

—Gracias, señor Raines... Gracias por todo. Sé que lo hará. Y no se asuste. No piense nada lúgubre. A veces, la muerte es una idea en la mente del hombre. Sólo eso... A veces, un hombre no puede morir. Y yo... yo, amigo... no voy a morir ahora. Porque ya antes he muerto miles de veces, sin llegar a dejar de ser lo que ahora soy...

Entonces me soltó. Los celadores, rígidos y grises, con la fría dureza de su oficio, con sus armas automáticas en las manos, con su gesto helado y deshumanizado, se interpusieron entre Janos Siodmak y yo. Casi me impidieron verle, Y yo tampoco intenté contemplarle más, sal! despavorido de la celda de la muerte. Corrí por el pasillo, a zancadas, hacia el lugar desde donde debía presenciar obligadamente la ejecución.

Poco después, estaba sentado en mi localidad, junto a otros reporteros, médicos y policías, asistiendo a la macabra ceremonia, en su gélido y penoso ritual.

La cámara hexagonal estaba allí, frente a nosotros, con su puerta abierta, con la silla rígida, encima del recipiente de ácido donde un sistema automático lanzaría el producto químico que, al disolverse, provocaría el gas letal. Las ventanas, como ojos de buey de un siniestro y horrendo navío de macabras singladuras, permitirían que todos nosotros asistiéramos a la rápida agonía de un ser humano masacrado por la justicia.

Cuando apareció Janos Siodmak, figura gris entre grises celadores, su aspecto no era mejor ni peor que el de cualquier otro reo. Sólo que caminaba erguido y sus ojos parecían una burlona despedida a muchas cosas.

Inevitablemente, cruzamos la mirada los dos, cuando él pisaba el umbral de acceso a la cámara de la muerte. Me contempló un segundo o dos, no más. Yo también a él. Me estremecí. Vi su sonrisa, su aire indiferente por todo. Creo que incluso movió sus labios y musitó algo. Algo que no entendí...

Después, el reverendo recitó algo que sí nos llegó claramente:

—«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre...»

Me estremecí. Una idea delirante e increíble asaltó mi mente por unos instantes.

Janos Siodmak había dicho: «Yo no voy a morir ahora.

Porque ya antes he muerto miles de veces sin llegar a dejar de serlo que ahora soy.

Las palabras de Jesús aún palpitaban como algo vivo en mis oídos. Versículos de un capítulo bíblico significativo: la resurrección de Lázaro.

Lázaro...

La puerta se cerraba ya, tras el reo, y el proceso tremendo de la muerte judicial llegaba a su fin.

Yo procuré olvidarlo todo. Y pensar solamente lo lógico, lo razonable, lo natural Un hombre estaba muriendo. Al otro día, Janos Siodmak sería solamente un cadáver esperando sepultura. Para él no habría un Mesías que le alzara de su sepulcro.

¿O sí?

2

Me detuve ante el edificio.

Hillman Mortuory era una vieja casa de piedra, pero no tenía nada de tétrico, salvo en el negocio que albergaba en su planta baja. Por lo demás, ni Russian Hill es un lugar que haga pensar en fantasmas, ni el actual negocio de pompas fúnebres pone los pelos de punta a nadie.

Dentro del recinto, todo resultaba sobrio, aséptico, frío y funcional. Cortinajes color violeta, una oficina que podía haber sido igualmente de bienes raíces, y un empleado cortés que me atendió.

Pagué al contado la totalidad de la factura. Sobró una moneda de dólar. La contemplé, pensativo, y la guardé en mi bolsillo. Era lo único que me quedaba del extraño asesino ejecutado, juntamente con su llavero, su sencillo monedero-billetero de piel gastada... y su medalla.

Aquel había sido el legado que el alcaide de San Quintín me diera horas antes en la madrugada de la ejecución, tras terminar el ritual y, con él, la vida del reo, cuya muerte clínica certificaron los médicos forenses de tumo. Sobre esas cosas, no acostumbraban a equivocarse en las penitenciarías.

Cuando abandoné el edificio de Hillman Mortuory y bajé por Russian Hill en automóvil me paré un instante en su calle tranquila, de empinada pendiente, como casi todas las de San Francisco, bostezando dé sueño y cansancio.

Observé la billetera. Ni un documento de identidad, ni un papel o documento. Sólo el dinero que yo había entregado a Hillman por un entierro digno. Las llaves resultaban raras en sí. Más por su mezcla, dentro de un feo y viejo aro oxidado, de manchas oscuras, que por ellas independientemente.

Había diversas llaves, de estilos y formas diametralmente opuestas. Vi una llave plana, otra de años atrás, más gruesa, una gótica, de bella forma, un llavín dorado también poco frecuente, e incluso una diminuta llave de oro, de bellísimo arabesco, perdida entre las demás.

Pero las llaves no parecían significar gran cosa ni explicaban nada de su utilidad. De modo que las dejé con el billetero y contemplé el más curioso objeto de todos. El medallón.

Conservaba una delgada, fina cadenita de oro. Era ovalado. No era de oro, sino de un metal oscuro, con mezcla de hierro. Tenía por un lado un grabado azul, en algo que parecía lapislázuli. Una cruz. Pero una cruz rematada en un lazo en su parte superior. Yo la había visto antes: la Cruz Ansata.

La Cruz egipcia. En muchos dibujos y motivos del Antiguo Egipto, simboliza la Vida y la Eternidad.

Por el otro lado, no habla nada. Solamente una superficie de metal negro, pero con señales de que algo habla sido arrancado de ella. Se veían pequeños fragmentos como de esmalte o cosa parecida, pero nada más.

Mis ojos contemplaron largamente la Cruz Ansata. Vida y Eternidad...

«Yo soy la resurrección y la vida...» «Yo antes he muerto miles de veces, sin llegar a dejar de ser lo que soy...» «No voy a morir ahora...» «Quiero que nos veamos de nuevo mañana..,»

Estaba sudando copiosamente. Hacía calor y en San Francisco hay mucha humedad. Pero nunca descubrí tanta transpiración en mi piel. Metí todos los objetos en el compartimento de guantes del tablier, y emprendí rápida marcha, Russian Hill abajo, hacia Market.

No quería pensar. Valía más no pensar.

Y, desde luego, no irla esa noche a Hillman Mortuory. No iría a ver el cadáver del asesino ejecutado, antes de su inhumación a primeras horas del día siguiente.

Me lo había propuesto. Estaba firmemente decidido. Hice ya cuanto pude por el muerto. Se lo había prometido. Y cumplí la promesa. Eso era todo.

—No iré —me dije en voz alta, con energía—. No iré...

* * *

—Sabía que vendría, señor Raines.

Fue lo que me dijo Hillman, al abrirme la puerta de su negocio, a las once de la noche. Me estremecí. El cielo estaba encapotado por nubes oscuras y cargadas. Había mucha humedad y el aire olía a sulfuro. Iba a llover muy pronto. Posiblemente incluso habría tormenta. Como en los viejos filmes de terror...

Hillman me dijo eso, porque yo le había advertido que no acudiría ya a ningún formulismo más. Tal vez lo dijo casualmente, pero yo creía advertir en él una sonrisa irónica que me inquietó.

Me condujo al interior de su negocio. Había una especie de pequeña capilla o lugar donde el difunto era velado por sus parientes y amigos.. Si los había. En este caso, no habla nada de eso. El féretro estaba solo en un túmulo recubierto de oro y violeta. Las luces, tamizadas y suaves, no daban al lugar ningún aire siniestro. La música suave, estereofónica, era una grabación litúrgica que daba un aire de solemne paz al recinto.

—¿Va a velar a su amigo? —me preguntó Hillman.

—No —negué, comete—. Estaré sólo unos momentos. Y no era mi amigo.

—Está bien, señor Raines —sonrió apaciguador—. Le dejo aquí a solas.

—No es preciso —rechacé—. Puede quedarse. Va a ser sólo un minuto...

Pero Hillman se había marchado ya entre los cortinajes color púrpura. Me quedé sólo en la cámara de velatorios. Sólo entre bancos pulcramente barnizados, entre cortinajes violeta y música religiosa. Delante del túmulo con el ataúd de Janos Siodmak.

No sé cómo había hecho esto. No sé porque estaba allí. Toda mi

convicción, mi firme decisión de no volver a Russian Bill, se habían ido volatilizando a medida que transcurría el día, como un azucarillo en el agua. Al fin, tomé el coche y acudí allá, A dar el adiós final a Siodmak. Esta vez sí. Definitivamente. No podría decir el pobre diablo, allá donde Dios quisiera tenerle ahora de acuerdo con sus méritos, que no había cumplido con creces mi promesa.

Dejé mi sombrero sobre un banco. Caminé hacia el féretro sin ninguna aprensión. No soy de las personas que sientan un miedo especial a la muerte ni a los que murieron. Tampoco creo en aparecidos ni en cosas así. Hace mucho tiempo que dejé de ser niño.

Subí dos escalones alfombrados, donde se hundían blandamente los zapatos, sin producir ruido. Me incliné.

Como en las novelas, el féretro estaba vacío. Su acolchado interior color lila, aparecía tal y como lo viera al adquirir la caja oblonga. Allí no había nadie.

—Sabía que vendría, señor Raines...

Me volví. Esta vez no era Hillman quien lo decía.

No era Hillman, no. Podrá resultar paradójico, incluso inaceptable, pero no me sorprendía en absoluto. Esta vez, no. Ni me estremecí, ni sentí terror alguno.

—Sí —suspiré—. He venido, Siodmak. He venido a verle como prometí...

—De modo que... ¿era cierto?

—Sí. Era cierto. No le mentía, señor Raines. Nunca le mentí.

—Ya —incliné la cabeza. La sacudí con aire perplejo—. Tiene gracia...

—¿Qué es lo que tiene gracia?

—Esto. Que me esté ocurriendo esto a mí... y no me sorprenda.

—Sí. Eso resulta gracioso —convino Siodmak, apacible, apoyando sus manos nervudas y grandes, de largos dedos, en el respaldo de la primera fila de asientos del salón de velatorios—. Confieso que esperaba verle más... más aturdido, más inseguro.

—Lo estoy, sinceramente. Pero por otro lado, creo que debía esperarlo.

—Supongo que sí. Usted debía esperarlo. Supe siempre que lo entendería. Apenas le vi la primera vez.

—La primera vez... —repetí, inseguro—. ¿Cuándo fue eso realmente?

—Se lo dije. Cuando miró por el cristal que parecía un espejo.

—Ya le dije que nadie puede ver a través de un espejo.

—¿Y… qué es un espejo? —sonrió él—. La imagen repetida de uno mismo, de lo que le rodea. Cuando uno ni siquiera pertenece a aquello que lo circunda, ¿qué valor puede tener un espejo?

Me volvía loco. Y en cierto modo, creía entender algo en sus palabras. Espejo, imagen, reflejo, repetición… Un espejo transparente acaso. Para él también, aunque de distinto modo que para mí… No, no lo entendía bien. Había algo raro en todo aquello.

Miré a mi alrededor, al lugar irreal y lúgubre en que nos encontrábamos. La funeraria, el hombre resucitado, sus extrañas palabras, su comportamiento…

De repente vi que no estábamos solos. Me sobresalté.

—Creí que no había nadie aquí, sino usted y yo —dije.

Siodmak miró a la penumbra de la sala, al fondo de la misma, casi junto a los cortinajes. Asintió con suavidad, como si no viera nada anormal. Sin embargo, sus palabras me extrañaron.

—Debí temerlo —murmuró—. No todos son tan crédulos…

—¿Qué ha dicho? —me interesé.

—Esos dos hombres del fondo. No sabía que estuvieran.

—¿No los conoce?

—No.

—Serán empleados de esta empresa —aventuré yo.

—No —negó él, rotundo—. No lo son. Ni clientes.

—¿Cómo puede saberlo?

—No lo entendería. Pero lo sé. Son asesinos.

—¿Asesinos? —me sobresalté.

—No vienen a por usted —sonrió difusamente en la penumbra su rostro indefinido—. Sólo a por mí.

—Eso lo entiendo menos. Se supone que usted está muerto.

—No para ellos.

—¿Ellos?

—Esa gente —rió entre dientes—. Esta vez no es demasiado difícil la cosa. Son vulgares esbirros. Gente insignificante, aunque siempre peligrosa. Quieren matarme.

—Es difícil matar a un hombre que murió en la cámara de gas…

Me miró con una sonrisa indefinible. Luego, de modo inesperado, me tomó de un brazo.

—Venga —dijo—. Nos vamos. Tal vez no nos sigan.

Le seguí. Pero se equivocaba. Nos siguieron. Lenta, silenciosamente. Empecé a sentirme preocupado.

—Podríamos llamar a la policía —dije—. Pero temo que me tomasen por un chiflado.

—Sí. Lo que la gente no entiende, siempre lo considera una locura. Ya entiendo eso. Vamos, salgamos de aquí... si nos dejan.

No nos dejaron.

Había más de dos personas allí, dentro de la funeraria de la colina. Ante nosotros, se alzaron otros cortinajes. Emergieron hasta cuatro individuos, tan silenciosos, hoscos y llenos de inquietantes presagios como los anteriores. Miré atrás. Los otros dos venían sobre nosotros.

—No hay salida —dijo uno, glacialmente.

—No, no hay salida —afirmó otro, rotundo—. Es mejor que no huyan. —Usted puede quedarse —dijo un tercero, dirigiéndose a mí —. Nos llevamos a su amigo.

—No es mi amigo —dije—. Pero me gustaría saber por qué quieren llevárselo...

—No pregunte. Es peligroso —silabeó el que hablara primero—. Nos obligaría a llevarle también.

Tenían algo raro aquellos seres. Eran... eran como robots, como máquinas. Rígidos, envarados, inexpresivos, duros y fríos. Hablaban mecánicamente, con voz uniforme, sin expresar emociones.

Siodmak, extrañamente, pareció entender lo que pasaba por mi cerebro en ese momento.

—Sí, tiene razón —le oí musitar—. Son máquinas.

—¿Máquinas? —repetí, estupefacto, pensando que entre todos se estaban burlando de mí.

Siodmak sonreía con tristeza. Los misteriosos hombres nos cerraban toda posible salida.

—Usted no entiende muchas cosas, Pero eso es lo que ellos son. Robots humanos. Por eso le dije que esta vez, no habían venido personalmente ellos. Enviaron a sus esbirros, los mecánicos. Esperan que sean útiles esta vez. Los han perfeccionado mucho, no hay duda.

—Lo suficiente para que no pueda usted destruimos —silabeó uno, glacialmente.

—¿Lo ve, amigo? —suspiró Siodmak—. Simples muñecos infernales, máquinas de matar o de dominar… Lo de siempre…

E inesperadamente, cuando parecía que no teníamos posible evasión, Janos Siodmak hizo lo que yo no podía esperar.

Alzó un brazo. Solamente uno. El hombre que tenía más próximo a él emitió un agudo grito, extraño y metálico. Los dedos formidables de aquel hombre que volviera de la oscuridad de la Muerte, golpearon suavemente al parecer, en el rostro del individuo.

Ocurrió algo inaudito.

El rostro de aquel hombre se descompuso, se arrugó extrañamente y dentro de su cuerpo hubo como un estallido de piezas mecánicas complicadas y difíciles. Cayó al suelo como fulminado, emitiendo chispazos lívidos por las cuencas de sus ojos.

Fue como la señal de batalla abierta. El resto de los raros personajes, fuesen hombres o robots, se lanzó sobre nosotros impetuosamente. Yo pegué a uno de ellos y sentí el dolor en mis nudillos, repentinamente desollados y sangrantes, al golpear el metal o la materia dura, acerada, que era su rostro hermético.

Asustado, miré hacia Siodmak. Mi compañero era infinitamente más eficaz que yo en semejante lucha increíble. Estaba usando sus brazos como aspas de molino, pero sin apenas golpear a los enemigos. Era como un simple toque mágico. Algo, una rara energía, fluía de la mente y brazos de aquel hombre. Vi caer uno tras otro, a todos los adversarios, con aspecto de figuras mecánicas descompuestas, como juguetes averiados.

Estupefacto, vi finalmente a dos que se habían encaramado sobre sus espaldas y parecían decididos a apoyar sus manos enguantadas en la nuca de Siodmak.

No lo consiguieron. A él le bastó agitar su cuerpo, para proyectarlos lejos de sí. Y cuando intentaron incorporarse, la mirada del extranjero se fijó en ellos, agitó una mano esgrimiendo algo y lo lanzó sobre ellos.

Hubo un fogonazo, un violento chisporroteo, y los dos seres, fuesen de lo que fueren, se disolvieron, en un estallido de piezas rotas, de metales, de electrodos y algo blando, parecido a carne, que se desprendió de sus formas metálicas, de increíbles androides. Se quedaron allí quietos, inmóviles para siempre, convertidos en

extraña y sutil chatarra.

Me quedé mirando con estupor a mi asombroso compañero. Siodmak, sin dar importancia a lo sucedido, se encogió de hombros. Fue a donde yacían los dos robots abatidos y recogió algo del suelo, lo que les arrojara un momento antes, causándoles su violento final.

Era increíble. Se trataba solamente de un objeto vulgar, inofensivo por completo. Un simple lápiz metálico.

Y no parecía ser otra cosa. Siodmak sonrió. Parecía leer fácilmente mis pensamientos:

—Es sólo eso: un lápiz, amigo mío. No necesito más. Cualquier objeto puede tener la fuerza que se desea. Nuestro poder está en la mente. Por desgracia, no siempre eso es posible hacerlo. Con esa clase de enemigos, sí. Un ser humano vulgar, un androide… Todo ello es fácil de aniquilar. Pero ellos…

—¿Quiénes son ellos} —quise saber, intrigado.

—Olvídelo —sonrió—. No tiene por qué saber nada de nada. Es peligroso.

—Pero usted me hizo llamar, He visto… he visto la lucha más asombrosa e increíble que jamás pueda soñar —señalé a los muñecos—. Cuando relate esto en mi periódico, nadie va a creerme…

—Usted no relatará nada en su periódico, Raines —me atajó él, bruscamente—. Sería un disparate absoluto. No lo hará, ¿entiende?

—Pero, ¿por qué no? Soy periodista, es mi misión…

—No sea necio. Cuando publicara eso, ¿quién iba a creerlo?

—Están esos… seres, lo que sean —señalé al montón de aparentes hombres mecánicos—. Será mi prueba.

—No la tendría nunca. Esa prueba desaparecerá pronto. En cuanto ellos sepan que fracasaron otra vez conmigo y… ¿no se lo dije?

Miré, aturdido. Siodmak tenía razón.

Estaba ocurriendo ante mis propios ojos. Aquel montón de inanimados seres, fuesen máquinas, hombres artificiales o diabólica creación de una mente siniestra y genial… estaban desapareciendo.

Ante nosotros, paulatinamente, todo se disgregaba, se disolvía en un humo suave, tenue, tras derretirse en goterones aquellas formas, sus ropas, todo ello.

—Cielos, no —mascullé—. ¡Se evaporan…!

Me precipité sobre ellos, tratando de conseguir algo, de recuperar siquiera un fragmento, algo de todo aquello.

Siodmak gritó a mis espaldas, tratando acaso de frenarme. Yo no me di por aludido y, cuando traté de tocar aquel humeante montón que parecía disolverse bajo la acción de un ácido invisible, me sacudió, lanzándome atrás.

—¿Qué mil diablos…? —mascullé, furioso, incorporándome dolorido.

—No debió hacerlo —dijo él, calmoso—. Ellos no le dejaron. Los que desean terminar conmigo. Conmigo, que estoy muriendo constantemente desde el principio del mundo,…

3

El Caleidoscopio comenzó a moverse ante mis ojos. Era un singular, extraño, fascinante, único Caleidoscopio.

Nunca había visto uno igual. Ni siquiera de niño, cuando ese juguete simple y deslumbrante me fascinaba, con sus fragmentos de vidrios de colores, sus espejos en ángulo y el giro del cilindro, que movía los trozos de vidrio, imaginando, en su juego de reflejos, un maravilloso mundo imposible, de formas irisadas.

Los hubo muy bellos entonces. Pero ninguno era como éste.

Hubo muchos caleidoscopios en mi infancia. Ninguno en mí adolescencia, donde era mucho más fascinante el capricho de un disco de última moda, un magnetófono o un aparato para filmar películas en color. Luego llegaron otros caprichos, otros juguetes: chicas, chicas, chicas. A veces simples prostitutas exuberantes, el delirio ingenuo de los jóvenes hacia las formas rotundas y opulentas. A veces, una vecina, una muchacha esbelta, bonita y agraciada.

Luego… nada apenas. Amistades, una profesión, un trabajo, unas cervezas, unos wiskis, aburrimiento, un cine, un teatro, más aburrimiento, un partido de fútbol o de basket, trabajo, aburrimiento.

Esa era la vida. La vida de cualquier hombre medianamente afortunado. La vida de Mark Raines, por ejemplo. Era periodista, escribía a veces libros de un éxito relativo, pero nada en mí era brillante ni esplendoroso. Igual pude haber sido comisionista, o

vendedor de marisco en Fishermans Wharf.

Esto era distinto. Estaba aquel Caleidoscopio.

Un juguete mucho más fascinante que el cilindro inocentón y rudimentario de mi infancia, el disco o la película de mi adolescencia, los senos exuberantes de la meretriz de mi pubertad repleta de delirios sexuales incipientes, o el absurdo juego humano de trabajar, aburrirse...

El Caleidoscopio de Janos Siodmak.

Cuando puse mis ojos en él, creo que dejé de ser el Mark Raines que todos habían conocido. Creo que por primera vez, me sentí tremendamente pequeño, tremendamente insignificante, como aplastado por una grandiosidad fuera de todo humano concepto.

El Caleidoscopio era pequeño. Muy pequeño y tridimensional, además. Como cualquier visor estereoscópico, de venta al público, tenía la apariencia de unos modernos binoculares, en un material oscuro, frío y rígido.

Cuando tuve en mis manos ese visor binocular oscuro, lo manipulé con sorpresa. Luego, miré a mi interlocutor.

Estábamos en la azotea del edificio de Hillman Mortuory, sobre el bello panorama de la zona marítima de San Francisco, las luces de Columbus Avenue a nuestros pies, y más lejos, tras la ondulación urbana de Telegraph Hill, el mar con los remolcadores y embarcaciones.

—¿Qué es, exactamente? —pregunté.

La figura al trasluz se movió hacia mí. Siodmak era una alta silueta casi fantasmal, pero profundamente sólida, humana y firme, moviéndose con la energía y lentitud de quien no tiene dudas sobre su fuerza.

—Utilícelo —me invitó, sin duda sonriendo, aunque yo no veía de su cara sino una negra mancha contra el fondo luminiscente—. Entonces lo sabrá.

—Aun así, me gustaría previamente saber lo que es. Parecen unos prismáticos.

—¿Prismáticos? —esta vez sí sonrió, sin duda alguna. Alguna luz lateral se reflejó en el blanco deslumbrante de sus dientes uniformes, iguales y pulcros—. Creo que esa palabra define aquello que es para ver algo distante, a través de un prisma lenticular, ¿no?

—Más o menos —me fastidiaba, a veces, su modo afectado y

sinuoso de expresar las cosas, como si pretendiera humillar a los demás. Hasta en eso era Siodmak ferozmente humano. Todos gustamos de aplastar con nuestra pretendida superioridad a los demás… Añadí, seco—: Conozco muy bien los alrededores de esta ciudad. No necesito prismáticos.

—Utilice ésos —insistió—. Verá a mucha distancia.

—Supongo que no veré Hong Kong con ellos…

—¿Hong Kong? —rio suave, entre dientes—. No me refería a esa clase de distancias. Raines, amigo. Sí, posiblemente vea Hong Kong. Pero no el Hong Kong que supone. Como puede ver el propio San Francisco, pero no el luminoso y moderno que se extiende a sus pies como un millón de luciérnagas caprichosas… Tal vez vea el feo, tosco y desigual de 1906, con su terremoto y su incendio…

—Distancia… —me estremecí, mirando los prismáticos que manoseaba en mis manos nerviosas—. Distancia… en el Tiempo no en el Espacio.

—Espacio y Tiempo son una misma cosa. Vida y Muerte, son una misma dimensión —rió el desconcertante ajusticiado que resucitó—. Vamos, mire por ahí, Raines, se lo ruego.

—Sí, lo haré —estudié el objeto de apariencia vulgar, con el mismo aire con que podría hacerlo contemplando la auténtica, mítica e imposible «piedra filosofal» de los antiguos alquimistas—. Pero antes una pregunta más…

—Preguntas, preguntas… —bostezó Siodmak, hastiado—. Siempre pregunta algo, Raines.

—Es mi oficio. Los policías y los periodistas preguntan siempre.

—Todo el mundo pregunta. Y seguirá preguntando durante siglos, durante toda una eternidad.

—¿Usted no? —repliqué, vivaz.

—Yo, como usted. Como todos. Soy un ser humano.

—Sólo los superhombres no mueren, Siodmak —le objeté, seco.

—Falso. No hay superhombres. Sólo animales, plantas, hombres, materia. Ninguna materia produce superhombres. Sólo hombres.

Empezaba a sentirme enloquecido. Un hombre que mataba por contacto, mentalmente… Seres mecánicos, robots asesinos enviados por alguien…

De súbito, tuve la sensación de que algo ocurría. De que otro peligro nos acechaba. Me puse rígido, Y supe que no era una

corazonada mía...

—No se mueva —musitó Siodmak—. Sí, ha captado mi onda mental. Pude hacerle leer mis pensamientos. Es una buena cosa. Cuidado, amigo. Hay peligro.

—¿Peligro? —murmuré, tenso—. ¿Qué clase de peligro, Siodmak?

—Tras de nosotros. Un ave.

—¡Un ave! —me estremecí, pensando en algo horrible que no podía entender.

—No es un ave de las que usted conoce. Es el nuevo truco. Ellos insisten. Casi me sorprenden esta vez —vi sus ojos ardientes, sumidos, profundos—. Casi... Pero no del todo, muchacho. No del todo...

Le vi ponerse rígido. Luego, vi en sus ojos reflejado como en un doble espejo, un sombrío, siniestro pájaro que venía hacia nosotros. No pude evitarlo. Giré la cabeza, grité roncamente, corriendo por el lugar.

Era un animal rígido, translúcido, viscoso y luminiscente. Se precipitó sobre mí, no sobre Siodmak, y vi un raro pico agudo, centelleante, acerado, directo hacia mis ojos...

—Usted gritó, atrayendo sus células sensibles al sonido! —rugió Siodmak, convertido todo él en actividad repentina—. ¡Qué locura, qué locura...!

Se interpuso en el camino. El extraño pájaro, o lo que fuese, fue hacia sus ojos. Llegó cerca de ellos. El pico agudo, luminiscente, rozó sus párpados. El pájaro detuvo en seco su raro vuelo vertical. Y con un chasquido lívido, se hizo añicos.

Como vidrio, como puro cristal de gran fragilidad. Vi pulverizarse, hacerse vapor en el aire, cada cristalino fragmento del ave fantástica y siniestra...

—¿Qué... qué sucedió? —jadeé, al volverse Siodmak hacia mí, sonriente.

—Un ave dirigida mentalmente. Otra máquina ingeniosa y cruel. Vaciados mis ojos, mi poder mental cedería mucho. Sería mi mina y, posiblemente, la victoria de ellos...

Ellos. Siempre ellos. No quise preguntar nada. No ahora.

—Gracias por salvarme —dije—. Hablemos de esa medalla con la Cruz Ansata...

—La Cruz. Símbolo de Vida Eterna —rió—. No tuvo importancia salvarle. Estaba obligado a hacerlo. Sí, hablemos de la Cruz.

—Y de alguien más, Siodmak —apremié, con repentina clarividencia.

—Alguien... —se estremeció. Me miraba desde la penumbra. Ardían las pupilas de ámbar puro.

—¿Quién, Siodmak? —pregunté.

Respiró hondo. Hubo un silencio largo y terrible. San Francisco, sus luces y su vida, su pulso y su ritmo, eran como algo remoto, como una galaxia asombrosa.

—¿Qué importa eso? —jadeó.

—¿Quién? —insistí, casi cruel.

Otro silencio, otra inspiración profunda, otro jadeo. Al final, una respuesta. Una respuesta extraña, indescifrable, acaso indefinida y nebulosa como la remota claridad en el Cosmos:

—Lisia. Permanecí absorto. Repetí lo que parecía un exótico nombre lejano:

—¿Lisia?

—Sí... —musitó.

—¿Quién es?

—Era ella.

—¿.Ella? —repetí de nuevo, como un eco.

—Sí. Ella. Lisia, la mujer amada.

—Amada... ¿por quién?

—Por... por él.

—¿Él? —ciertamente, sí era yo un eco dócil—. ¿Quién es él?

—Yo.

—Usted... es él —machaqué—. El... El enamorado de Lisia.

—Eso es —parecía un suplicio extraerle las palabras. Se torturaba, sufría. Sus manos, patéticas, eran fibras vivas estrujándose entre sí. Su piel, al recibir un distante reflejo fugaz se reveló húmeda, brillante de transpiración.

El —paseé, con aquel «visor», «prismático» o lo que fuese, en mis manos—. ¿Quién es él realmente?

—Un hombre. Yo, Raines. Por favor, no más preguntas...

—Un hombre. No un nombre.

—No, no. Hay mil nombres. Mil seres diferentes. Un solo hombre.

—¿Lázaro?

—Puede ser —se pasó una mano por el rostro sudoroso, con un jadeo—. Lázaro, sólo es un nombre. Uno más. Betania es un lugar en el Tiempo y el Espacio. Como lo fue Tebas, Sodoma y Gomorra, Babel, Sumeria, Babilonia, Esparta, Creta, la Atenas de la Acrópolis y la furia de Zeus, como el mundo de los Mayas, de los Incas, como Bizancio o Canaán, como Damasco o Bagdad, en los tiempos de las Cruzadas, como la Venecia del Renacimiento o la China de Marco Polo como el mundo de hoy... o los mundos del mañana, como los lugares habitados de nuestra Galaxia, de Orion, de Sagitario, de Lira, de Andrómeda o de las Pléyades... ayer, hoy y mañana...

O como el planeta Tierra en nuestro futuro, hacia los alucinantes años del siglo XXX y del siglo XL, tan decisivos para el curso y el destino de la Humanidad...

Hablaba como en éxtasis, como seguro de cuanto afirmaba, pretérito, presente o futuro. Como si él hubiera podido conocer aquella Babilonia distante en el Tiempo, o aquel porvenir de la Humanidad, diez o veinte siglos después...

Y yo estaba seguro de que sus ojos, sus increíbles y ardientes ojos color ámbar, eran como globos de luz y de fuego, mientras al contemplarme a mí parecían estar mirando a lugares increíblemente remotos y perdidos en el mar infinito del Tiempo...

Me mantuve en silencio. Luego, pregunté:

—Pero Lisia...

—Lisia... —hubo en su voz como un estremecimiento, como un espasmo a la vez cálido, tierno, sensible y también amargo, dolido, triste, patético— Lisia mi gran amor...

—¿Dónde está ella, ahora?

—Ahí... —me señaló con un dedo largo, huesudo tenso, tembloroso, fuerte y estremecido, mi visor oscuro, los binoculares misteriosos que me ofreciera poco antes—. Ahí, Raines. En esos binoculares encontrara a Lisia...

—¿Es hermosa?

—Hermosa como ninguna otra, sí... —suspiró él.

—¿Le ama ella también?

—También.

—Entonces... ¿dónde está el problema?

—El problema está ahí —volvió a señalar, insisten» te, el visor

—. Ahí, Raines… En la Distancia, En esa Distancia, que nadie puede salvar, ni siquiera yo mismo… a no ser con la ayuda de alguien» Con la ayuda de un amigo capaz de sacrificarse por mí, de correr el gran peligro de ser otro nómada en el Tiempo, otro absurdo y cansado viajero de distancias que no se pueden recorrer sino por uno mismo, lenta y angustiosamente…

—Y usted ha pensado que yo… —me asusté de repente, sintiendo que se erizaban mis cabellos.

—Sí, Raines —musitó, implorante. Y de nuevo, como en la celda de San Quintín aquella noche anterior, oprimió fuertemente mi brazo, para persuadirme de algo que estaba por encima de todo lo razonable—, He pensado en usted… como antes pensé en otros…

—Yo no puedo —rechacé—. Yo tengo mi mundo, mi vida, mi destino…

—Todos los hombres tienen su destino. Es mala cosa rebelarse contra él.

—Pero usted me pide justamente eso. Me pide que me rebele para buscar… para ayudarle a usted a buscar… a alguien a quien ama. A alguien llamado… Lisia.

—Sí. Usted entiende. Sabía que entendería. Sí, Raines.

—No puedo —alegué—. Está mi vida, mi circunstancia, mi instante en la Eternidad, en el devenir de los tiempos. Usted, Siodmak, parece darme a entender que es… sólo un náufrago perdido en un mar demasiado inmenso, demasiado remoto para poderle tender un salvavidas. Flota usted en el Tiempo.

—¡Sí, sí! —gimió—. En el Espacio, en el Tiempo, en la Vida, en la Muerte… ¿Entiende al fin, entiende} —Entendí siempre. No sé de dónde es, de dónde viene, adonde va… pero sé algo. Es una forma de Lázaro especial. No sé si fue Lázaro una vez, o lo es siempre, por los siglos. Pero ni vive ni muere. No puede vivir ni morir. Es un hombre que mata, que muere… y resucita, porque nunca muere del todo. Porque está por encima de esas ecuaciones que obligan al hombre a unas leyes ya aceptadas al nacer. Usted rompió el equilibrio, no sé aún por qué…

—¡Mire, mire ahí —sollozó, señalando el visor—. Está la respuesta…

—No necesito mirar para decirle esto, «Lázaro», Siodmak… o como quiera que le llame. Sé que usted busca su lugar en el Tiempo.

Y busca en él a Lisia, a la mujer amada. Pero para ayudarle a encontrar todo eso, alguien debe sacrificarse. Otro hombre, otra persona. Yo, en este caso.

—Sí, Raines...

—Yo no puedo hacerlo.

—¿Qué le sujeta? ¿Un oficio de periodista gris, mediocre? ¿Un sueldo regular, unos ahorros, un automóvil, una vida con televisor, frigorífico, aire acondicionado y ciudades saturadas de contaminación? ¿Es eso. Raines?

—No —negué, sereno—. No es eso, Siodmak. Es más.

—¿Su familia? Sé que no tiene familia. No tiene a nadie. Vive solo.

—Tampoco es eso. No tengo familia, es cierto. Pero algún día puedo tenerla. Es eso lo que ha olvidado. Usted, tan obsesionado por el amor, por valores eternos, que están por encima del hombre y su circunstancia y que hacen de él un ser universal e imperecedero, ha olvidado precisamente lo que más importa en mi fatigada, aburrida vida actual.

—No... —jadeó aturdido—. No me diga que ese algo es... que puede ser...

—Sí. Es eso que piensa, justamente. Es... el amor.

—El amor... —casi gimoteó—. Pero usted... usted no estaba enamorado,..

—Tiene razón. Cometió un error. Un error de tiempo —solté una leve carcajada casi hiriente—. Tiene gracia... Usted, precisamente, cometer un error así... Pensó en mí como el hombre a quien vio ayer, anoche en la penitenciaría de San Quintín, a través... de un espejo. El hombre con quien se entrevistó luego en la celda. No pensó en que el tiempo es algo más que el presente y el pasado. Es, también, futuro. Y mi futuro comenzaba justamente al morir usted...

—No... no le entiendo...

—Siodmak, mi amor llegó precisamente hoy, esta mañana, cuando usted... cuando usted se enfriaba en una mesa del depósito de cadáveres de San Quintín.

—¡Cielos, no!

—Sí, Siodmak. Yo, esta madrugada, de regreso a casa, me detuve en un bar que frecuentaba hace tiempo. Hacía al menos dos o tres años que no iba por allá. Entonces hubo en el negocio una

chica encantadora. Una camarera del turno de noche, joven, atractiva, inteligente. Dejó el trabajo para presentarse a algo mejor, como empleada de una alta empresa comercial. Valía para ser más, mucho más que una camarera... —moví la cabeza con desaliento—. Pero no todo el mundo tiene suerte. No todos obtenemos lo que realmente merecemos. Muchos llegamos más allá de lo que en justicia nos corresponde. Otros... no llegan nunca. El caso de Marsha fue ése. Marsha... —musitó—. ¿Ella es... es Marsha?

—Sí. Marsha. Ligeramente pelirroja, memela, atractiva... e inteligente. Pero no sirve para ciertas cosas. Y no tiene suerte. Volvió a la cafetería. El dueño y la clientela están encantados por ello. Ella, no tanto. Pero lo prefiere a su anterior experiencia.

—La volvió a ver anoche. Supo que la amaba. Que ya antes la había amado, aunque trató de decirse a sí mismo que no...

—Eso es —le miré, con sorpresa y admiración—. Usted entiende bien las cosas.

—Soy viejo de siglos —habló él, tristemente—, Siga, Raines. La ama. Bien, eso está bien. Incluso piensa sacarla otra vez de la cafetería, casarse con ella.

—No le pido que entienda eso, Siodmak. Pero para mí, eso es amor. Y por Marsha, estoy dispuesto a continuar aquí, en mi momento, en mi tiempo. A pesar de cuanto me diga. A pesar de cuanto vea por este... por este Caleidoscopio, como usted le llamó.

—Le entiendo, sin embargo —dijo el resucitado calmosamente —. Le entiendo y le felicito, Raines. El amor hacia una mujer hace diferentes a los hombres.

—Mejores... ¿o peores? —sonreí, irónico.

—No sé. Diferentes —suspiró, moviendo la cabeza—. Por favor, no me culpe de nada. Respeto sus sentimientos. Perdone si quise forzarle a algo que ahora ya no sería justo. Ya hizo suficiente por mí.

—No tiene que disculparse. Hice todo esto muy gustosamente —le tendí el visor—. Tome. Prefiero no saber más de usted. Seguramente no nos veremos ya.

—Nunca más —asintió él, despacio. Pero no hizo acción de tomar el visor—. Le deseo felicidad y suerte. También a esa chica, a Marsha. Toda la felicidad que Lisia y yo jamás pudimos tener...

—Pero... ¿por qué, Siodmak? —quise saber, profundamente

intrigado—. ¿Por qué no poder ser feliz un hombre con una mujer, sea en la época que fuere?

El permaneció unos momentos silencioso. Mantuvo su mirada en mí, con fijeza sorprendente y casi molesta. Luego, desgranó calmoso sus palabras. Que, como siempre, fueron como un trallazo brusco e inesperado contra mi sensibilidad y contra mi entendimiento:

—Es que… en algo se equivocó usted, Raines, como nos equivocamos todos los humanos, no importa de dónde o de cuándo seamos. Lisia me ama. Yo a ella también. Pero Lisia y yo… no coincidimos sino una sola vez en nuestras vidas. Porque Lisia y yo… pertenecemos a diferentes mundos y épocas. A Lisia y a mí, Raines, nos separan millones de años en realidad…

LIBRO SEGUNDO
CUANDO LE AYUDÉ A ÉL

1

—Y… ¿qué sucedió entonces, Mark?

Tomé un sorbo de whisky con hielo y clavé mis ojos en Marsha. Sacudí la cabeza.

—No me dirás que te has creído a pies juntillas todo lo que te he contado —dije, sorprendido.

—¿Por qué no había de creerlo? —murmuró ella, enarcando sus cejas color cobre suave—. Lo has relatado tú. Y no acostumbras a mentir.

—Pero… pero, Marsha, esta historia…, ¡esta historia es un puro disparate! —gemí.

—¿Lo es para ti? —me preguntó Marsha, dulcemente, tomando su propio combinado y acercándose despacio al asiento que yo ocupaba en su departamento de Fremont Street.

—No, pero… pero es diferente.

—¿Diferente? ¿En qué?

—Yo he conocido a ese hombre, a Janos Siodmak o como quiera que se llame realmente. He oído de sus labios la historia completa y he… he visto el Caleidoscopio.

Hubo un breve silencio. Marsha se sentó junto a mí. Su falda

permitió que yo apreciase la belleza de sus muslos, pero no fue un gesto procaz, sino perfectamente natural. La miré de soslayo» Ella ni siquiera me miró para preguntar:

—¿Y... viste algo, Mark? ¿Viste la verdad de la vida de Siodmak?

—Sí — suspiré, bajando la cabeza, con un estremecimiento—. Vi la verdad. No de toda su vida, o como quieras llamarla, sino de parte de ella. Hubiera sido imposible seguir su deambular por los siglos y los siglos...

—De modo que es cierto. Siodmak no murió.

—No, no murió. Nunca muere del todo.

—Ni resucita. Sencillamente, sigue viviendo.

—Eso es. Sigue viviendo, porque tiene que vivir para desandar lo andado.

—Y... ¿cuánto le queda?

—Dios mío... —susurré, pasándome una mano temblorosa por la frente—. No es fácil decirlo. Ni concebirlo siquiera. Son cifras que escapan a nuestra razón.

—¿Tanto es?

—Tanto es, sí. Siglos, miríadas de años, de distancia en el Tiempo y el Espacio... Oh, Marsha, ¿cómo puedes aceptarlo así de sencillamente, sin pensar que estoy loco, borracho o que te estoy engañando miserablemente?

—Pero él te lo dijo.

—Sí...

—Y tú lo comprobaste en ese visor, en... en el Caleidoscopio...

—¡Sí, sí! —me irritó incluso su tono dulce, amable, sereno, como persuasivo y de vuelta de muchas cosas que nadie medianamente sensato aceptaría ni en sueños—. Oh, Marsha, trata de entenderlo... Ese hombre procede de otro lugar en el Tiempo, incluso de... OTRO PLANETA.

—Otro planeta... en otra Galaxia —completó ella, apaciblemente.

—Maldita sea, eso es —gruñí, furioso—. ¿Eso puede suceder, incluso en nuestros días, por mucho que se hable de conquistas espaciales?

—Sucede.;, ¿no?

La lógica demoledora de Marsha me exasperaba. Era la única que parecía aceptar lo inaceptable, como si lo que yo dijese fuera

artículo de fe. Cuando aquella noche había pretendido hablarle del asunto, cien veces estuve a punto de emborracharme antes que revelarle una sola palabra de lo que sabía. Y, sin embargo…

—Sí, sucede —tuve que convenir—. Y me tuvo que suceder… a mí.

—Te eligió Siodmak. Me pregunto por qué, Mark…

—Se equivocó. Creyó que era su hombre. Alguien capaz de sacrificarse estúpidamente para devolverle a su lugar en el Tiempo y el Espacio… o para unirle a su amada imposible, la hermosa Lisia.

—Es raro que un hombre como él se equivoque, ¿no te parece?

Me estremecí. El comentario de Marsha no era ninguna tontería. Ya se me había ocurrido a mí anteriormente, aunque lo deseché, diciéndome que todos podemos equivocamos. Incluso «él»…

—Pues se equivocó. No pensó que existiría un nuevo factor en mi vida: tú.

—Mark, sería terrible que por mi culpa, ese infortunado ser no llegara nunca a ocupa, su lugar en la eterna armonía de los tiempos. No me lo perdonaría jamás.

—Aspira a un amor imposible. Quiere a Lisia en su planeta, en su remota época futura, cuando el Hombre no exista ya en la Tierra y sí en otros mundos de galaxias infinitamente lejanas, a cientos de millones de años-luz —me quejé—. Y Lisia… Lisia era una noble egipcia, hace ya cuatro mil años, Marsha… en nuestro planeta Tierra.

—Me lo acabas de contar. Y lo presenciaste por tus propios ojos, ¿no?

—Dios mío… —solté el vaso de whisky, irritado, nervioso—. El Caleidoscopio, Marsha. El Caleidoscopio… Si hubieras visto tú… Si te hubiese sido posible asistir como yo, al extraño ballet del Tiempo y del Espacio, en tomo a ese desventurado náufrago del Cosmos.

—Mark, tuvo que ser fascinante.

—Fascinante y terrible a la vez —musité, absorto.

Recordé el Caleidoscopio en mis manos, el visor ante mis ojos… Mis ojos maravillados que, repentinamente, a través de lo que parecían unos sencillos binoculares, penetraban en la prohibida dimensión del Espacio Tiempo, para conocer la increíble, alucinante historia de «él», aquel hombre a quien nunca sabré si llamar Lázaro, Siodmak… o Aureo.

Aureo, como se llamará dentro de cientos de siglos, cuando «él» nazca, allá en el Futuro, allá en una Galaxia increíblemente remota, en los confines mismos del Universo...

2

Imágenes, imágenes, imágenes...

Color, luz, sonidos incluso. Sonidos de otros lugares en el Tiempo o el Espacio. Colores increíbles, luces deslumbrantes en parpadeos y cambios inverosímiles...

Era aquel Caleidoscopio. Aquel prisma binocular, jugando con formas, cromatismos, fulgores, dimensiones, materias, nebulosas, centelleos, vibraciones armónicas, que unas veces parecían luz, otras sonido.

De todas esas confusas formas, brotó algo, al fin.

Brotó luz clara, brotaron formas, seres, momentos, retazos de insólitos instantes en el más remoto pasado de la Humanidad terrena... y en el más delirante y lejano confín del futuro estelar.

Eso es lo que vi en el Caleidoscopio. Eso es lo que narré a Marsha. Eso es lo que evoqué, de nuevo, cuando Marsha misma me habló, en su apartamento californiano, íntimo y cálido, de lo fascinante que tuvo que ser mi inmersión visual como simple testigo insólito de una historia que era en sí la historia misma del Hombre.

El Hombre, personificado en un ser a quien yo conocía como «él», como Lázaro, como Siodmak el asesino... y luego, en otro fabuloso e inaccesible plan dimensional, espacial y cósmico, como Aureo, el hombre del Planeta Habitado Z-2306, a cosa de mil o dos mil años de distancia de nuestra Era Cristiana...

* * *

Aureo se acababa de decidir.

Su fría, lúcida mente de hombre inteligente y cultivado conforme a los más modernos métodos psicodidactas, había tomado la determinación final. Era peligrosa. Pero era mejor que nada. Era una rebelión. Un quebrantamiento de las leyes. Por ello, era una osadía, una temeridad. Casi un suicidio. Pero a veces, morir no importaba demasiado. Había cosas más importantes que eso. Mucho

más, sin duda.

Él era una de esas cosas importantes. Si una «cosa» era una persona. Y en Z-2306, aún una Persona, era oficialmente una Cosa. Posiblemente lo sería hasta el fin del tiempo. Ese era el Sistema. El Gran Sistema. La obediencia era total. Tenía que ser total. Otra cosa, era la muerte.

La Muerte.

Una de las grandes problemáticas del Homínido Inteligente de Z-2306. Cuando eran solamente bestias medianamente inteligentes, no había problemas. Cuando eran hombres primarios los problemas eran elementales. Cuando fueron civilizados, eran algo ya más complejas sus problemáticas. Cuando pasaron al período de Supercivilización, todo eso se enrevesó considerablemente. Y ahora, cuando alcanzaban ya su período de Supraintelectual y Sobresensitivo, cuando eran telépatas, sus cerebros funcionaban como centros electrónicos remotos, programados con milimétrica precisión, el problema humano había dejado de ser «humano», para convertirse en un problema de la sociedad toda. La Ultra-Sociedad del Gran Sistema, y sus tremendos y tiránicos métodos de control de la mente.

Aureo no estaba de acuerdo con nada de eso. Era rebelde. Un rebelde por naturaleza. Como humanoide que era, debía someterse a las reglas. Todos los humanoides inteligentes han de hacerlo. Lo habían hecho siempre, no importaba en qué planeta, sistema solar o Galaxia se encontrasen. Las investigaciones y sondas telepáticas siderales, habían sido concretas en eso. Incluso en un viejo, remoto, extinguido y triste mundo diminuto, perdido en una triste galaxia remota, un planeta llamado Tierra cosa de mil siglos atrás, cuando aún había vida en él, esas reglas inmutables existieron. Los humanoides eran seres inteligentes, animales con razón y con intelecto. Eso comportaba ciertas obligaciones: obediencia, disciplina, acatamiento, ferocidad dirigida, gobernantes... Nadie sabía por qué había que hacer guerras, por qué había que matar, destruir, obedecer, callar, ser cruel, ser egoísta, si se quería sobrevivir. Pero todos lo hacían. Nadie sabía por qué eran precisos unos entes pretendidamente superiores llamados gobernantes, pero existían. Eso formaba parte del juego. Y nadie rompía las reglas.

No se podía cambiar lo establecido. Y menos en el Gran Sistema

que en ningún otro anterior, de Z-23G6 o de cualquier otro planeta o planetoide habitado en las galaxias.

Aureo, sin embargo, lo iba a intentar. Acababa de decidirse, a su regreso de la guerra biológica contra el Asteroide R-107, cuyos habitantes fueron aniquilados. El mató a muchos de ellos. Para algo era un buen militar, un excelente soldado, un gran jefe en el campo de batalla. Aureo exterminó, por sí solo, con sus armas telebiológicas, a millones de seres. Eso formaba parte de las órdenes, de la disciplina y todas esas cosas. Había que matar. O morir.

Y Aureo no quería morir. Nadie quiere nunca morir.

Pero Aureo no era feliz con ese recuerdo de millones de seres inmolados, sólo porque se le ordenó hacerlo y el Gran Sistema le condecoró y premió por ello«A veces, hubiese preferido formar parte de los campos de exterminio. A fin de pílenlas, ¿qué era un hombre muerto, aunque fuese él mismo? Un cadáver. Sólo eso. ¿Qué era un hombre vivo, aunque fuese él mismo? Un asesino de millones de otros seres con igual derecho que él a respirar en su mundo.

Y por asesinar, se repartían medallas, condecoraciones, menciones de honor, grandes ascensos, nombramientos importantes, títulos y premios.

También ellos, los Vencedores, los Matadores, morirían en el gran carnaval de los humanos. ¿Servirla de algo ante el Creador, alardear de los millones de enemigos asesinados en nombre de un símbolo?

Aureo, en su planeta Z-2306, pensaba que no. No le importaba que el Gran Sistema pensara de otro modo, y que pensar de distinta manera al Sistema, implicaba un delito de disciplina a castigar con la muerte inmediata, en la Cámara Desintegradora. No importaba ya. No ahora, cuando acababa de cruzar los umbrales del TransCrono...

El TransCrono...

Era uno de los pocos inventos que no le asustaban. Cualquier invento, en una época supercivilizada, era peligroso, temible, inquietante. El hombre era vencido por sí mismo implacablemente. Su propia obra le aniquilaba. La tortura, inventada por el Hombre, sirvió para torturar al Hombre. La crueldad, manejada por el

Hombre, sirvió para ser cruel con el Hombre.

Ahora les tocaba a ellos. El Hombre exigía obediencia o muerte. La Muerte, caía inexorablemente sobre el propio Hombre. Ahora, unos cuantos dictaban la Ley. Un día, otros serían los encargados de hacerlo, y sobre las actuales cabezas rectoras caería también la pena implacable. Era justo, pero ridículo.

Aureo cerró la puerta del TransCrono. Le había costado mucho alcanzar aquel recinto de privilegio, con sus complicados, cuadros de mando, sus millares de células fotoeléctricas, sus centros de supraenergía nueva, sus controles de precisión inaudita. Ahora, nadie le iba a sacar ya de allí. No en Z-2306, ciertamente. No en la Galaxia Vulp.

Sonrió, seguro de sí. Su poderosa mente, su naturaleza superdesarrollada le dictó lo que debía de hacer. Para entonces, ya los microagentes voladores habrían transmitido su informe de emergencia a los centros de Control Social. En breve, las temidas Patrullas de la Seguridad Crono-Cósmica, estarían buscando ávidamente su paradero.

Pero para entonces, sería tarde. Aureo sintió deseos de reír. Y rió. Rió como nunca. Rió como un loco, mientras situaba las coordenadas de las diferentes esferas de Tiempo y Espacio en el cuadro Crono-Galáctico preciso. Luego, cuando oprimió los botones rojos y el gran botón azul de transporte, respiró hondo.

No supo más. No sintió más. Solamente estuvo seguro de que su cuerpo se disgregaba, se volatilizaba primero en moléculas, luego en átomos, finalmente en células lumínicas, vertiginosas, que, dispersas en alud, fueron absorbidas por el Tele-Transporte a través de un abismo insondable de siglos, de años-luz de distancia, de mundos, espacio, cósmicos confines, galácticas distancias inconmensurables…

3

—No… —musitó ella—. No es posible. No pueden haberme elegido a mí…

—Lo siento, señora. Fuiste elegida. Sabes que no existe posible apelación.

—Pero yo… ¡yo soy la hija única del gran Zoreb!

—Señora, el gran Zoreb murió hace ya tiempo. Y el Gran Sacerdote ha decidido que tú alcances el gran honor de ser la principal concubina del Faraón.

—¡Concubina del Faraón! ¡Nunca! Yo no deseo serlo, no quiero ser una vulgar amante, una más en su harén de casi doscientas doncellas. Solamente podría ser su esposa, no su concubina...

—Ya tiene esposa el joven Faraón, señora —habló el servidor anciano, canoso, enjuto y leal—. Sabes que tiene esposa joven, hermosa y noble.

—También soy yo joven, hermosa y noble —replicó ella, arrogante, irguiéndose altiva, junto al estanque de flores de loto, entre los abanicos de sus esclavas nubias, que hacían suaves ondulaciones en la cálida tarde junto al Nilo—. ¿Por qué he de ser amante y no esposa como mínimo aunque no sienta amor por el Faraón?

—Terrible sacrilegio el de tus palabras, señora —se quejó su fiel y anciano sirviente—. El Faraón desciende del dios Amón, y por tanto es divino y merecedor de respeto y amor. Tú debes aceptar, señora, el gran honor.

—¡Nunca! —gritó ella—. Nunca, Nerod. No puedo ni debo hacerlo. Mi estirpe me obliga. Mi dignidad me exige.

—Aun así, estás obligada...

—No —se irguió, caminando con sus pies menudos, calzados de bellas sandalias de hojas de palma trenzadas. Sus párpados pintados de verde, sus mejillas de suave carmín, y las anaranjadas uñas, formaban, con su collar predilecto, anchó, de discos y placas unidas con eslabones, la indumentaria propia de cualquier dama de la nobleza, con dignidad y bienes. Sus blancas ropas de lino, finas y tenues, permitían ver sus formas virginales, rosadas, en un perfil digno de uno de los más bellos bajorrelieves de los artistas de la época.

—Mi señora, el Faraón te amará, te respetará y dignificará, como hijo del dios Amón que es —probó a convencerla el fiel y viejo Nerod—. Trata de entenderlo, te lo ruego. De otro modo, la desgracia y la ruina caerían sobre esta casa que heredaste de tus padres. —Nací con honor y mantendré ese honor hasta morir —replicó ella, altiva arrogante, con un relampagueo de ira en sus bellísimos ojos rasgados, oscuros y profundos. Sus facciones de

mujer de belleza singular, mezcla indescriptible de sensualidad e ingenua dulzura, revelaron energía—. No me uniré al harén del Faraón.

—Negarte, sería la muerte, mi señora.

—Morir es mejor que perder la dignidad.

—Morir nunca es mejor que cualquier otra cosa, ni siquiera el honor —protestó Nerod—. Morir es lo último.

—O lo primero. Se nace porque así lo dispone Amón. Se muere porque lo reclama Anubis. Bien, Nerod. Yo acepto eso. Pero no acepto la vergüenza, el ultraje.

—No es tanto como eso, ser la principal y favorita concubina del Faraón...

—El Faraón es casi un niño aún, y ama locamente a su esposa —rechazó ella—. No me ha elegido él.

—¿Quién sino, mi señora? El, por inspiración directa del dios Amón...

—Di más bien por inspiración muy directa del Gran Sacerdote Manek —cortó tajante la hermosísima dama egipcia. Paseó junto a los lotos, contemplándose tristemente en el terso y cristalino espejo de las aguas.

—Mi señora... —se horrorizó Nerod, inclinando la cabeza—. Eso no puedes decirlo, o la maldición de los dioses caerá sobre ti y serás sacrificada en el Templo...

—Dije la verdad. Manek, como muchos de nuestros sacerdotes, son quienes se benefician del harén de escogidas bellezas que el joven Faraón ni siquiera mira. Son como buitres esos horribles seres rapados, de rostro de ave y de ojos crueles y feroces. Los detesto.

—Mi señora... —jadeó Nerod, aterrado, clavando sus .ojos dilatados en la puerta del jardín de la residencia, junto al Nilo y los senderos de mármol que conducían a los grandes mausoleos faraónicos.

Ella volvió la cabeza. Ahogó una exclamación. Palideció levemente bajo sus afeites de gran dama egipcia de la nobleza, Pero no reveló miedo al encararse al Gran Sacerdote Manek, altísimo y enjuto.

—Mi señora, escuché tus palabras —dijo sarcástico el Gran Sacerdote, señalándola con mano larga y huesuda, que tembló ligeramente. Luego, gritó a los hombres de la guardia armada del

Faraón, que le escoltaban en todo momento—: ¡Prendedla por injurias monstruosas contra su Rey, sus dioses y sus sacerdotes!

Los soldados avanzaron, decididos. Rodearon a la hermosa Lisia, hija única del gran Zoreb. Era la prisión.

Y con ella la pena de muerte para la sacrílega. Era la ley.

Y Manek la haría 'cumplir por encima de todo,..

Esa noche sería juzgada Lisia por sacrilegio y ofensas al Faraón y a los dioses. Nadie podía salvarla.

Cuando se inició el juicio en el Gran Templo de Amón, una especie de chispa de luz, de centelleo súbito entre los astros del firmamento se formó por un instante.

Luego, sus haces se proyectaron sutiles hacia el desierto. Y entre palmeras, a las márgenes del Nilo, dos mil años antes de que Cristo naciera en un trozo de tierra llamado Galilea, un milagro se produjo, sin que nadie fuese testigo de ello, salvo la noche.

La luz, se convirtió nuevamente en materia, tras un viaje de millones de años por el espacio, en sentido inverso a la marcha del Tiempo.

Esa materia, era un hombre. Ese hombre, era un lejano ser galáctico igual a los humanoides terrestresˆ por una extraña ley creadora difícil de esclarecer.

Ese hombre, se llamaba Aureo, allá en su momento y en su lugar.

Ahora, solamente fue un hombre. Un hombre que, buscando ropas de un egipcio cualquiera, desnudó a un mendigo, tras golpearle, para esconderse en alguna parte. Un hombre que entró en el Gran Templo de Amón, buscando refugio. Y sin saber dónde estaba realmente.

Un hombre que, apenas vio a Lisia en el proceso político-religioso contra ella, supo que la amaba. Que por primera vez amaba. Y que la haría suya, por encima del Tiempo y del Espacio.

* * *

El Caleidoscopio seguía su historia remota, revelándola en imágenes limpias, increíbles, como una insólita película tridimensional, filmada más allá de este mundo y de estas dimensiones...

A veces, las imágenes se tornaban difusas, se diluían en fondos

mortecinos o demasiado brillantes, difuminándose en el Tiempo o el Espacio. Luego, volvían, acaso más claras y más tersas que nunca.

Así, conocí el final de la historia de Lisia y del hombre que llegó en una chispa de luz, procedente de galácticos confines. La historia de un imposible amor separado por millones y millones de años de distancia.

—Pero... él salvó a Lisia.

—Sí —miré a Marsha cansadamente. Moví la cabeza afirmando —. Salvó a Lisia.

—¿De qué modo?

—Se enamoró de ella. Fue una de esas cosas inexplicables, casi imposibles. Un brote de pasión, de afán de posesión, de amor, de afecto, de ternura, de voluntad de protección. Todo lo que forma un gran cariño.

—Pero... pero él era un extraño —suspiró Marsha—. Un... un alienígena, como dicen técnicamente, ¿no es cierto? ¿Cómo pudo conocer la lengua egipcia, cómo se entendió con Lisia?

—Recuerda que venía de una galaxia donde su mundo estaba supercivilizado, con un grado fabuloso de desarrollo mental. Telepatía, lectura rápida de ideas, de conceptos, aprendizaje vertiginoso de idiomas, de giros de lenguaje, incluso de pensamientos, costumbres, usos y procedimientos. En dos horas el Extraño era un egipcio más. En suma, un terrestre más.

—Escuchó el proceso contra Lisia, en el Templo de Amón.

—Sí. Advirtió la falsedad de las acusaciones del lascivo Manek, captó la honesta y altiva sinceridad de ella... Para entonces, ya la amaba. Aun siendo culpable, la hubiera salvado. Pero Lisia era inocente. Y la salvó.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Por el más sencillo método que conocen los humanos desde que el mundo es mundo: atacando a las tropas, raptándola a ella, escapando en medio del estupor general ante la osadía del desconocido. Y así, llegando con Lisia lejos de la capital faraónica, lejos de los temibles tecnócratas que, como tantas veces, controlarían el poder en un país del mundo. Allí, supo decirle a Lisia su amor, sus sentimientos, en la más pura lengua egipcia. Y ella, rendida, supo responderle y comprender que ya nunca podría amar a nadie que no fuese el hombre que la había salvado, el

oscuro Tanak que la rescatara de la muerte… En un desierto, entre lotos, juncos y arroyuelos de agua del Nilo, se declararon su amor, se juraron eterna fidelidad… una egipcia y un ser de otra galaxia separados por millones de años-luz en cualquier dimensión cósmica, humana y temporal, Pero a ellos eso no les importaba. Era una locura. Una bendita y hermosa locura.

—¿Y después…?

—Después… Aureo, o Tanak… murió, —¡Murió! —dijo con estupor ella—. ¡Imposible!

—Murió, Marsha —afirmé roncamente—. Las lanzas de la guardia del Gran Sacerdote le habían herido de muerte, y agonizó entre los brazos de Lisia, junto al curso de un arroyo repleto de lotos y tallos de papiro.

—¿Tú viste el fin de Tanak?

—Lo vi —suspiré—. En el Caleidoscopio. Limpia y nítidamente, como a ti te veo ahora. Pero pronto entendí la gran verdad. Cuando volví a verle morir en Summer, en las Termopilas, en Sodoma y Gomorra, en Babel, en Israel, en Roma, en Grecia, en Cartago, en Bizancio, en Arabia, en el Imperio Incaico, en la Revolución Francesa, en la Primera Guerra Mundial, en Hiroshima, en Corea, en Vietnam, en una silla de la cámara de gas de San Quintín…

—Y supiste que realmente… NUNCA MUERE.

—Eso es. Nunca puede morir. Es su destino.

—Pero… ¿por qué, Mark? ¿Hay un fundamento cien» tífico o humano para eso?

—No hay ninguno. Hay una razón cronológica y suprema: Aureo, Tanak, Lázaro, Siodmak como quieras llamarlo, ese ser, ese amigo extraño a quien yo llamo «él»… TODAVIA NO HA NACIDO REALMENTE. Su mundo existe en una galaxia inaccesible para siempre, pero aún en formación, convulsionado por cataclismos geológicos, como la Tierra lo fue en los tiempos de la Prehistoria. Su gente, su tiempo, su raza, sus ciudades, su pueblo, su Gran Sistema tiránico y dominador de la mente humana, AUN NÓ FUE CREADO siquiera. Y él debe seguir adelante, debe continuar su peregrinar por los tiempos, los mundos y las épocas, en espera de su momento, en espera de que un día, dentro de millones de años, pueda ser quien realmente es.

Millones de años, son una eternidad para el hombre, en su

dimensión actual. Demasiado tarde, comprende que desea morir... y no puede. No, Marsha. Una cámara de gas, una lanza, una bala, un terremoto, una hecatombe, una bomba atómica, no puede terminar con una vida que, realmente, aún no ha empezado. Ni vive ni muere. Pero en realidad recorre los tiempos como un ser errante. Tal vez muchos no quisimos nunca entender lo que significa eso, lo que Jesús quiso decir al hablar de que quien El crea, vivirá eternamente.

—Pero él... «él» ama a Lisia. Y Lisia murió hace dos mil años, Mark... Pereció con el Antiguo Egipto...

—Es cierto. Lisia murió hace dos mil años, en nuestro concepto del Tiempo. «El», nuestro Lázaro galáctico, aún no nació, en ese mismo concepto limitado de nuestra mente. Pero, ¿es posible fundir las coordenadas sobre Tiempo-Espacio, para unirles de nuevo?

—No lo sé, Mark. Sólo me pregunto una cosa. Si fuera posible... ¿dónde se unirían esas coordenadas?

—En Egipto, Marsha. En Egipto. O en mi época. En una de ambas épocas y lugares. Pero en ambos casos, significa amarse desesperadamente, huir, luchar... y terminar muriendo.

Nos volvimos los dos. No sabíamos cómo había llegado, pero Janos Siodmak estaba allí, en la puerta del apartamento de Marsha.

* * *

Debo reconocer que ella se portó magníficamente.

Ni un grito, ni un gesto de temor, ni un histerismo. Sencilla y llanamente, fue hacia él. No le conocía. No le había visto nunca. Aun así, le preguntó suave:

—Siodmak... Amigo, pase, por favor. Siéntese. Supongo que usted es... «él».

—Sí, tuve que venir —señaló hacia mí—. Le busco a él, señorita. No quiero causarle a usted problema alguno. No lo tendrá... si no sabe demasiado.

—Lo malo es que sé demasiado —le replicó ella, con voz fría, serena y clara—¿Por qué dijo eso? ¿Es que piensa causarme algún mal?

—Oh, no. Yo, no. Fui educado en la violencia, crecí violento y sigo siendo violento —sonrió, como tímida excusa—. No tengo la culpa. Me enseñaron a matar, y he seguido matando durante siglos,

no importa dónde, cómo ni en nombre de qué o de quién. Pero a usted no le podría hacer daño, créame. No podría... Lástima que sepa tanto. Lástima...

—Acabemos —corté belicoso, poniéndome bruscamente en pie y yendo hacia él con arrogancia—. ¿A qué viene todo eso? ¿Qué está queriendo decir, Siodmak?

—Quiero decir que ya me va a ser posible volver a mi propio lugar en el Universo y en el curso de los hechos cósmicos. Pero sin Lisia. Sin esperanzas. Sólo para morir. Raines.

—¿Morir? ¿Usted? —solté una leve carcajada despectiva—. Sabe que no puede morir.

—En mi época, sí. Y eso va a suceder ahora.

—¡Ahora! —le miré, asombrado—. ¿Se ha vuelto loco? Están a millones de años-luz y de años de todo tipo, de ese punto en el Espacio-Tiempo donde nació y donde debe morir.

—Millones de años-luz que no fueron nada para mí, cuando el TransCrono me trasladó —dijo él, penosamente, con una sonrisa triste—. ¿Entiende ahora? Cualquiera, una vez reparado el mal qué hice a ese aparato de traslado especial y cronológico, podría seguirme, buscarme donde estuviera. Es lo que ocurrió. Me han encontrado. Me van a devolver a mi tiempo y mi galaxia.

—Pero, ¿quién? —casi grité.

—Ellos —suspiró—. Los patrulleros de la Seguridad Crono-Cósmica. Están ya abajo, Raines. Y eso no es lo peor. Van a llevarle conmigo. A usted... y a quien sepa tanto como usted. Lo lamento por ustedes dos... pero van a acompañarme. Ellos no le dejarán escapar bajo ningún concepto. Ellos son invencibles. Y ellos esperan ya.

4

Ellos.

Los agentes o patrulleros de la Seguridad CronoCósmica. Gentes llegadas de otra Galaxia remota, de otro lugar en el Tiempo, en un futuro fabulosamente lejano e inaccesible para nosotros. Recordé los robots humanos, el pájaro mortal.

Y «Ellos» estaban allí. Esperándonos. A él, a mí... y a Marsha.

¡Marsha!

—No... —musité, con un jadeo—. A Marsha no. No es posible..

Ellos me miraron. No me gustó cómo miraban. No me gustaba su aspecto. No me agradó nada en ellos. Pero dependíamos, justamente, de... de ellos.

Su respuesta heló la sangre en mis venas:

—Es penoso, señor. Hemos de llevarles con nosotros.

A todos. Sus mentes transmiten claramente cuanto saben. Es demasiado.

—No pueden hacemos daño por ello... —rechacé.

—Lo siento. No pueden quedarse aquí, sabiendo todo eso. Nadie puede conocer el futuro. Está prohibido, ¿entiende? Es ley de seguridad mutua. Un día, alguien podría crear aquí un TransCrono y... ¿Comprende ahora?

Claro que comprendía, malditos fuesen todos ellos. Lo había comprendido desde un principio.

—Morirá toda mi generación y cien más, antes de que un chisme parecido sea factible en nuestro mundo —traté de argumentar, desesperado.

Ellos me atajaron.

—No siga —dijo el que hablaba en nombre de todos—. Es ridículo hablar de esto. Usted se expresa en teoría. Nosotros no queremos saber su futuro. No nos preocupa. Pero sí nos preocupa lo que pueda un día perjudicar a nuestro planeta, por lejano que esté.

—Es un rapto —acusé—. Imagino que la palabra suena ridícula también, pero es así. ¿Nos devolverán, al menos, a nuestro planeta y a nuestro tiempo?

Se miraron entre sí. Hubo encogimientos de hombros.

—Pudiera ser —convino uno—. Pero no prometemos nada. No necesitamos prometer. Es una orden; vamos ya, señor Raines. Usted y su prometida. En marcha.

—¡No! — aullé—. ¡Me niego!

Y cometí la estupidez de abrir súbitamente el cajón cercano de mi mesa de trabajo, junto a la cual me hallaba. Extraje mi pistola automática y les encañoné.

Fue un error desastroso.

* * *

Ellos resolvieron la situación con pasmosa sencillez.

Yo debía de haber comprendido ya que no tenía la menor posibilidad de que la cosa saliera bien, pero necesité un fracaso rotundo para convencerme.

Al esgrimir el arma, se limitaron a mirarse rápidos entre sí. Luego, uno de ellos extrajo algo de su bolsillo. No era un arma convencional, en el sentido que uno posee sobre tal clase de elementos. Tan sólo vi entre sus dedos una especie de óvalo oscuro, que despidió un destello.

El centelleo me deslumbró un instante» Luego, supe que estaba paralizado, inmóvil como una estatua, aunque me era dado ver todo, sentir cuánto sucedía a mi alrededor e incluso escuchar sus voces.

Marsha, asustada, lanzó un gemido. Uno de ellos la tranquilizó:

—No debe asustarse, señorita. No le ocurrirá nada. Simplemente, hemos evitado que cometiera la estupidez de manejar esa arma rudimentaria. Hubiese podido matar a uno de nosotros, y eso significaría la pena de muerte en nuestro mundo.

—Pero está... está...

—Sí, está inmóvil —sonrió tristemente el individuo, encogiéndose de hombros—. Nada irreparable, por cierto. Saldrá de su inmovilidad en poco tiempo.

—¿Quiere decir usted...?

—Quiero decir que va a venir con nosotros en ese estado. Así no creará problemas. Pero le garantizo que, una vez en nuestro propio Tiempo, él volverá a ser quien era.

—Debe hacerles caso, señorita —habló apaciblemente Siodmak —. Lo harán como dicen. En cambio, de haber matado Raines a alguno de ellos, nadie le hubiera librado de ser ejecutado por asesino.

—¿Se puede asesinar a un ser que todavía no ha nacido? —preguntó Marsha vivamente.

Ellos se miraron entre sí. Siodmak tuvo un amago de sonrisa.

—Excelente argumentación, señorita —aprobó—. Les ha desorientado.

—Habla en pura teoría —cortó uno de los hombres, el que utilizara contra mí su curiosa onda luminiscente, causante de mi parálisis física, tan en desacuerdo con el resto de mis sensaciones—. Conforme. Para ustedes, señorita, no existimos aún. Pero el hecho

físico es que estamos aquí, por encima de cualquier otra ecuación o hipótesis. Viajar en el Tiempo rompe un poco ciertos conceptos humanos y aunque la vida y la muerte parezcan factores inalterables, hay una realidad que aplasta con su lógica: si Raines hubiera disparado esa arma, uno de nosotros estaría muerto ahora. Y morir fuera del propio Tiempo, en las actuales circunstancias, es morir, en definitiva.

—No en el caso de él —señaló a Siodmak, con gesto profundamente reflexivo.

—No, no en su caso —confirmó gravemente el miembro de aquella extraña patrulla de una policía de remotas galaxias y remotísimos tiempos futuros—. El no supo manejar debidamente los sistemas del TransCrono. Se desplazó indebidamente, alteró una serie de leyes establecidas, y ahora vive al margen de ellas, como vive al margen de nuestra ley y, prácticamente, de la de todos los tiempos. Aureo no ha sido nunca un hombre encuadrado en una sociedad. Fue asesino, rebelde, evadido, y todo aquello que penan nuestras leyes, como las penan en su tiempo. De ahí que casi siempre haya vivido en la violencia, dentro de cada época que le tocó vivir.

Hablaban con elocuencia, con seca eficacia y agresividad. Eran inteligentes, fríos, lúcidos y contundentes. Eran hombres duros, acerados, de mente cultivada, músculos poderosos, facciones herméticas.

Así eran ellos. Yo les escuchaba, admirado de su contundencia verbal y mental. Pero a alguien no podían impresionar, porque les conocía sobradamente bien. Y ese alguien era el propio Aureo, el hombre a quien yo conocía como Janos Siodmak, el recluso ejecutado en San Quintín, hacía sólo unas horas.

Y Siodmak, Aureo, o como uno quisiera llamar al hombre de las mil vidas y las mil muertes, les replicó tan fría, desapasionadamente como ellos mismos:

—En esencia, es cierto cuanto decís. Pero sabéis que la forma dista mucho de ser exacta y fiel a la verdad. Yo nunca he negado ser una asesino. Es más, siempre traté de explicar las causas que hicieron de mí un hombre ligado a la violencia, aunque no he estado jamás seguro de que pudiese persuadir a nadie de mis razones íntimas. Pero si he matado, es porque aprendí a matar. Si

he asesinado, es porque asesinar es una asignatura obligada en ese perfecto Sistema del que venís vosotros ahora a rescatar al fugitivo que se rebeló a seguir siendo lo que era. Si he huido de mi mundo es porque solamente fui iniciado en el odio, el crimen y la crueldad, por una sociedad y unas leyes injustas e implacables.

—La sociedad y la ley casi siempre resultan injustas —suspiró Marsha, pensativa—. O al menos lo parecen...

—No es lo mismo, señorita —rechazó angustiado él—. Existen otras formas de legislar y de existir. No las de ese Gran Sistema deshumanizado, feroz en su intolerancia, incomprensión y estructura mecánica, fría, impersonal. Estamos dominados por cerebros helados, por seres que no sienten ni aman, cuyas normas son tan frías y brutales como las de un campo de prisioneros en los tiempos actuales, o las de una masacre militar en las épocas de espartanos y persas. Se extermina, se cultivan las especies, se crean formas de vida en laboratorios especiales y se combate el amor, los sentimientos y la ternura, hasta convertir al hombre en robot.

—Le entiendo, Siodmak —murmuró Marsha. Sus ojos brillaban, fijos en él—. Le entiendo. Usted escapó a todo eso.

—Lo intenté, al menos.

—Y encontró algo, apenas salió de su tiempo y de su lugar cósmico: el amor. Encontró a una mujer a quien ayudó contra la crueldad de su tiempo, y en ella pudo hallar lo que se le había prohibido y negado en su existencia. Por eso amó a Lisia. Por eso la amará siempre.

—Sí... —murmuró Siodmak, con una expresión patética en su anguloso rostro. Volvió a brillar una llama vital magnífica en el fondo ambarino de sus pupilas—. Sí, usted me entiende. Fue el primer rostro de mujer que vi, fuera de mi época, en un mundo también decididamente cruel, porque creo que la crueldad creció paralela con el hombre mismo. Y lo que por ella sentía, jamás he vuelto a sentirlo desde entonces.

—Ya basta —cortó tajante el jefe del grupo galáctico—. Hemos hablado demasiado aquí. No hay prisa para nada, fuera de nuestro tiempo. Pero tampoco debemos demorar el regreso. Usted debe prepararse para acompañamos. Su prometido también vendrá. Y naturalmente, el rebelde evadido, Aureo, para responder de sus graves delitos ante los jueces de su tiempo. Costó mucho dar con él

en el laberinto de los Tiempos, pero ahora que lo hemos encontrado, no va a serle fácil eludir de nuevo el peso de la justicia de su época.

—Y a nosotros... ¿qué va a sucedemos? —preguntó Marsha, tensa la voz.

—¿Lo pregunta aún? —murmuró Siodmak con sarcástica amargura—. Les obligarán a permanecer allí hasta que decidan algo que hacer con ustedes. Ese algo será convertirles en un medio experimental., o en cadáveres.

Hizo un gesto de impotencia. Sus largos brazos cayeron a lo largo de su alta, enjuta figura. Sus ojos se clavaron en el suelo, sus manos recias, nervudas, tuvieron una crispación áspera y como exasperada.

Me pregunté si era cansancio, la inutilidad de la lucha perdida de antemano... o la resignación ante el destino inexorable. Posiblemente de todo un poco. No se podía luchar contra aquellos hombres.

—¿Existen medios de viajar a... adónde vamos ahora? ·—preguntó Marsha, levemente temblorosa su voz.

—Existen medios, sí —sonrió el jefe de la Patrulla de Seguridad Crono-Cósmica—. Pero no los convencionales que ustedes entienden como tales. Ni vehículos ni naves cósmicas o galácticas. Simple y pura proyección de materia, pasando por un estado de pura luz y de ondas invisibles, capaces de trasladarse a velocidades inconcebibles para el hombre, dentro de las coordenadas del Espacio-Tiempo previamente fijado. La proyección comenzará en cuanto yo lo disponga. Será un largo, larguísimo viaje. Pero para ustedes y nosotros, ese largo viaje no existirá. Será como una décima de segundo, y al formar nuevamente materia, al agrupar las ondas primero, la luz después, y la masa de núcleos atómicos posteriormente, en un punto del Espacio-Tiempo, habremos llegado a destino. Para su mundo habrán transcurrido justamente esos millones de años que nos separan a ustedes y nosotros. Las cosas volverán a su sitio, excepto en dos circunstancias de las que seremos responsables: su presencia en el Planeta Habitado Z-2306 allá en nuestra lejana Galaxia Vulp.

Marsha no dijo nada. Tampoco Siodmak. Yo, menos que nadie, sometido a inmovilidad y silencio, a un papel pasivo de testigo

incapacitado de actuar o exponer algo.

Se hizo un silencio. El que antes empuñara el arma lumínica que me inmovilizó, ahora procedió a extraer lo que, a simple vista, parecía un vulgar receptor de radio, pequeño y oblongo, de metal bruñido. Tenía unos resortes o botones laterales. Pulsó ambos, en diferente dirección. Luego, alzó el pequeño objeto ligeramente. Este emitió un zumbido, una vibración, primero casi inapreciable, pero que fue ganando en intensidad. Marsha tapó sus oídos. Siodmak entornó los ojos, helada su expresión. Yo seguí en mi hermetismo estático.

La vibración subió de grado. Se hizo insostenible. Todo vibró. Especialmente, nosotros todos. Vi los cuerpos temblar, incluso los de nuestros captores.

De repente, la vibración pareció distender mis moléculas todas, estiró mi cuerpo, lo distorsionó, como los de todos cuantos me rodeaban. Vi una ramalazo de luz, un cambio de colores, y unos cuerpos extrañamente alargados, deformes, como imágenes distorsionadas en una serie de espejos de feria.

Finalmente, sentí que yo estallaba. Y estallé.

Estallamos todos en un raudal súbito de luz. Dejé de sentir, de ver, de ser yo mismo. Me sentí etéreo, elevado, como flotando, proyectado sin forma alguna hacia alguna parte.

La luz me engulló, luego todo quedó atrás, y la luz se hizo sombra, oscuridad total y profunda. Floté en la Nada, o dejé de flotar, de ser, de existir. No podía saberlo. Ya nada sabía.

Ya, ni siquiera era yo.

5

Cuando volví a serlo, fue en el instante siguiente.

O una eternidad después. No era fácil de saber eso. No había existido para mí tiempo ni distancia algunos, en aquel estallido etéreo, acaso cósmico, en que mi cuerpo, mi ser, mi sensibilidad y mi mente fueron simple luz primero, oscuridad después y ahora volvían a adoptar las dimensiones que siempre tuvieron las que jamás creí que pudieran perder.

Pero aquel «momento» pudo estar hecho de miríadas de siglos, de una auténtica dimensión eterna de épocas, instantes, vidas y existencias físicas. Aquel breve segundo en que creí flotar sin ser yo

mismo, nadie sabría nunca lo que duró.

Lo cierto es que tan súbitamente como llegó la vibración disolvente, regresó la forma vital, con todas sus normales circunstancias. Yo, Mark Raines, fui Mark Raines otra vez.

Pero, ¿dónde? ¿Cuándo?

Eso es lo que quería saber. Eso es lo que necesitaba saber.

Lo primero que comprendí es que, de un modo u otro, estaba solo. Solo en un lugar, en alguna parte que yo desconocía. Solo conmigo mismo...

A mi alrededor, nada. Muros desnudos, gris plata, mate y frío. Inmensas dimensiones, alargadas y elevadas. Como corredores ingentes, como techumbres inaccesibles, como un enano perdido en un mundo de gigantes. Busqué puertas, aberturas, luz, formas, gente. Sobre todo, gentes. Quise ver a Marsha de nuevo. Y no estaba. Deseé ardientemente hablar con Siodmak, cambiar impresiones, preguntar algo. Y no estaba...

Me moví.

Ya era algo. Me moví. Había recobrado esa facultad. Pero me pregunté, angustiado, si me serviría para algo, aplastado en aquel ámbito gigantesco, colosalista, rígido y helado, en el que, como un pigmeo infinitamente pequeño, me moví de un lado a otro; caminé, sin hacer el menor ruido sobre un suelo que, pese a su superficie metálica, gris y aluminizada, parecía blando, amortiguado y suave. Pero era solamente una sensación física. Me incliné, palpé con mis dedos la superficie. Era metálica. O lo parecía. Tremendamente frío, como todo lo que había en torno. Como mi propia y espantosa soledad en un mundo de ángulos, planos, rectilíneas estructuras, gélida apariencia inerte y vacía.

Ni siquiera sabía si en aquel lugar eran como siempre habían sido. No podía estar en mi mundo, en el planeta Tierra. El «viaje» fue a otro lugar en otra Galaxia. No podía hallarme en mi Tiempo. El «viaje» fue a un punto increíblemente lejano en el futuro de mi momento vital...

Pero en aquel mundo donde sin duda me encontraba ahora, ¿cómo eran las cosas? ¿Cómo eran las ciudades, si existían ciudades? ¿Cómo era el cielo, si había cielo, la luz, si había otra luz que no fuese aquella azul, que .flotaba en torno mío sin sombras ni penumbra, brotando acaso de muros y techo?

¿Cómo sería el sol de aquel planeta, si había sol en esos confines galácticos? ¿Cómo sus flores, sus plantas?

No estaba seguro de nada. No podía estarlo. No sabía nada de nada. Sólo supe que me moví, caminé hacia un lado, hacia otro, por aquel colosalismo plano, altísimo y profundo, sin hallar nada salvo paredes, techo, suelo.

Tuve mucho miedo. Un miedo tremendo e irrefrenable. Y grité. Grité asustado. Y lloré. Lloré, implorante como un bebé, cuando supe que mis gritos se perdían en el silencio.

Pero ni aun así acudieron a mis sollozos. Ni aun así vi, escuché o advertí a nadie.

Y amodorrado, cansado, abatido, hundido como jamás lo estuviera, me quedé dormido. Me hundí en una relajación total, que fue reposo, dolor, resignación y derrota.

Luego, cuando desperté, supe que ya no estaba en el mismo lugar. Y supe, también, que ya no estaba solo.

* * *

—Mark... Mark...

Abrí los ojos totalmente. Los froté aturdido. Los sentía hinchados, enrojecidos. Mi visión no era limpia ni buena. Me costó recordar mi llanto, mi momento depresivo y torpe. Y ahora sí sentí un poco de vergüenza, desprecio hacia mí mismo. Había sido débil.

—Mark... —insistió.

La miré. Extendí mis brazos abiertos.

—Marsha... —gemí.

Era sorprendente. Ella no se movió. Era como si estuviera fría y lejana. Pero no estaba sometida a inmovilidad, como yo lo estuve. No, no era eso. Resultaba algo diferente, algo inexplicable...

Sencillamente, me miraba. Con dolor, con impotencia, con amargura. Meneó la cabeza.

—No, Mark —dijo lentamente. No servirla de nada ahora...

—Marsha, ¿por qué dices eso, por qué? —casi grité de súbito, precipitándome hacia ella, con mis brazos abiertos, con mis manos implorando el contacto, el abrazo, el pálpito de aquella piel suave, cálida y adorable.

Choqué bruscamente, con brutalidad casi. Me hice daño. Pero ese daño era poco para el que sentí dentro de mí.

—Marsha… —la miré, perplejo.

—¿Ves, Mark? —sonrió penosa—. Te lo dije. No sirve de nada…

Palpé ante mí, con manos nerviosas. No veía nada, pero toqué algo. Algo que nos separaba a ambos. Un muro invisible. Posiblemente magnético. Como un vidrio irrompible y maravillosamente transparente. Demasiado transparente. Allí, era impalpable lo que había. Pero lo había. Estaba entre nosotros dos. Separándonos como una distancia ingente.

—Unidos… y separados —musité, enfurecido—. Es eso…

—Sí, Mark. Es eso —asintió tristemente ella—. Las efusiones no existen aquí. Tampoco es legal el amor. Está la germinación artificial, los productos de laboratorio e incluso existe el matrimonio biológico, con el exclusivo fin de procrear sin amarse entre sí, como simples cobayas de estudio y de producción. ¿Entiendes eso, Mark?

—Claro que lo entiendo. Hijos para continuar una Humanidad. Pero sin humanidad en los métodos y los sentimientos. La mujer y el hombre como elementos reproductores, sencillamente. La semilla de una planta o de un ser humano, no tienen diferencia.

—Dios mío, qué horror, Mark —se estremeció ella—. Ser destinados a un procedimiento científico, a un estudio de cromosomas, de espermatozoides o de enzimas obligamos a procrear con hombres y mujeres de este mundo… hasta ser desechados por inútiles conejillos de Indias que ya cumplieron su función de estudio, y experimentar en nosotros virus o microbios de nuevas enfermedades de este planeta…

—Es monstruoso —dije, con un jadeo. Me apoyé en un muro que ahora no era gris ni plano, sino curvo y levemente rosado, como de un metal bruñido y frío—. ¿Cómo… cómo supiste eso, Marsha?

—Me informaron por ondas telepáticas. Las capté nítidamente. Nunca antes sentí dentro de mi mente un fenómeno parecido. Sabía que estudiaban minuciosamente, que pulsaban a distancia cada punto de mi cerebro, como si lo estuvieran manipulando con un bisturí sutil e invisible. Atroz, Mark. Como sentirse desnuda ante millones de ojos.

—Y ahora… ¿dónde estaremos?

—Creo que todo esto forma parte de un establecimiento o instalación científica de… de donde quiera que estemos. Se nos debe

estar estudiando, analizando despiadadamente, como en una disección minuciosa.

Miré en todas direcciones, pero no vi a nadie. Pese a todo, sentí esa presencia, esos miles o millones de ojos que se clavaban en nosotros, fuera de nuestra visual.

Aún dentro de mí desesperación e impotencia, una idea vino a mezclarse y prosperar, en medio del terror que me atenazaba.

—Marsha, ¿y «él»…? —indagué roncamente.

—«El» —ella suspiró, entornando los ojos. Bajó la cabeza—. No sé. Creí captar una información cuando pensé en su persona… Creo que ha sido enviado a la Zona de Ejecuciones…

—Ejecuciones —me estremecí. Recordé la noche remota, allá en San Quintín, allá en un minúsculo fragmento de Creación llamada Tierra—. Dios mío, otra vez… Y ahora va en serio. Será… definitivo.

—Definitivo —murmuró ella con tristeza—. Sí, Mark. Me temo que Janes Siodmak, Lázaro, Aureo, Tanak… o, simplemente «él»… llegó al final de su largo sendero de siglos y de distancias cósmicas. El hombre y su destino. ¿No era lo que él decía?

—Justamente —paseé por entre el muro invisible y los que podía ver y sentir—. El hombre y su destino.». Tan largo camino para nada, Marsha.

—Y entretanto. Lisia esperando en vano en su momento del Tiempo… —Marsha movió la cabeza con des» aliento—. Lisia, que nunca más se encontrará con el hombre que murió en sus brazos, dos mil años antes de Cristo…

—Lisia está muerta. Nosotros vivimos aún, Marsha. Acaso él vive todavía… o está empezando a morir en este momento.

—No, Mark —negó ella. Lisia no está muerta. Nadie muere realmente, dentro de la Dimensión Espacio Tiempo. Está en otro lugar, vive a la vez que vivimos tú, yo, él o cualquier otro. Sólo que ocupamos zonas diferentes a lo largo de una línea que jamás se encuentra… o que, tal vez, gira en la eternidad, con una curva que es como la curva misma de los límites matemáticos del Espacio, del Universo, del Cosmos todo. Una línea que forma un círculo inmenso, de milenios, de millones y millones de siglos que no son sino un instante para la Creación, regresando siempre al punto de partida…

—¡Marsha! —la miré, atónito—, Marsha, tú… Eso no tiene

sentido, Marsha. Tú no puedes entender…

Ella me sonrió. Triste, extrañamente. Y me dirigió la alucinante, tremenda realidad:

—Oh, Mark, cariño… Es que yo… ¿sabes? Ya pasé antes por la supercirugía de este mundo. Métodos inconcebibles de alterar una mente humana, de perfeccionarla hasta el conocimiento pleno de cuanto existe.

—Marsha, tu cerebro… —la idea casi me enloqueció—. Te han cambiado tu cerebro…

Ella me seguía sonriendo apaciblemente. Luego, para mi horror, para la aniquilación de las últimas esperanzas que anidaba mi pobre ser todo y vencido, confirmó apagada, lenta, serenamente:

—Sí, Mark. Puede decirse así. Me han cambiado mi cerebro, han aplicado células nuevas en algunos puntos, han hecho injertos y perfeccionamientos maravillosos… como los harán seguidamente contigo, amor, para que seamos perfectos elementos de estudio biológico en este mundo…

Me volví, aterrado, lívido, bañado en frío, viscoso sudor.

Vi entrar a aquellos seres. Herméticos, duros, helados, distantes y despiadados. Como los patrulleros de Seguridad. Como todos los seres de aquel planeta deshumanizado y mentalmente controlado por supergobernantes.

Sus batas eran translúcidas, de un color azul suave, metalizado. Sus manos aparecían enguantadas y sus caras medio cubiertas por mascarillas de cirujanos.

—Vamos, Raines —dijo uno de ellos, secamente—. Es su momento.

—¡No! —grité con voz desgarrada.

—No trate de resistir. Es inútil. No hará sino dificultar su situación. Aquí, nadie se opone a la voluntad de las leyes. Y la ley marca su intervención quirúrgica, para ser convertido su cerebro en un dócil y sensible receptor de ideas y órdenes centrales, como el de su prometida. A partir de este momento, van a tener que cumplir cuanto se les ordene. Sin rebeldías, ¿comprende?

—No quiero —gemí—. No quiero que alteren mi cerebro, que me lo cambien… ¡Quiero que le devuelvan a ella la mente humana y propia de que le han despojado, malditos asesinos!

—Nadie quitó nada a su prometida. Por el contrario, le

aplicamos células renovadas, le perfeccionamos ciertos centros y sistemas cerebrales que ustedes, los seres de su mundo, no saben utilizar debidamente. La supercirugía de nuestra perfecta sociedad, es un medio más de garantizar el futuro del Gran Sistema.

—Y la transformación del hombre en máquina, del ser humano en robot mecanizado y obediente —repliqué.

—Es posible —se encogió de hombros el cirujano—. Pero es necesario para el buen funcionamiento de una sociedad que todos sus miembros obedezcan sin replicar. A veces, dejaremos que funcionen sus impulsos, como hemos hecho en el caso de su prometida, cuando empezaron a hablar entre sí ustedes dos. Luego, a distancia, nuestros controles intervienen, interfiriendo toda posible onda mental propia, para hacer que prosperen solamente las emisiones psíquicas de nuestros grandes centros de control humano. Ahora es su turno, Raines. Usted es un prisionero elegido como instrumento de estudio y experimentación. Va a conocer a muchas hermosas mujeres con quienes tendrá descendencia. Debidamente controlada por supuesto. Vamos, Raines, no me dirá que un primario elemento sensitivo y emocional de su mundo, no disfruta previamente con la idea de poseer para sí todo un harén seleccionado, de bellísimas hembras de su especie…

Hubo risas burlonas en los doctores de aquella diabólica supercirujía. Luego, entendí que todo era inútil. Resistir, luchar, hablar, forcejear verbal o físicamente.

Me moví. Eché a andar hacia ellos, lentamente. Me sentía cansado, roto, maltrecho, desesperado y trémulo. Vencido, en suma. Entregado a lo inexorable.

—Vamos —afirmé—. Sí, vamos ya…

—Buen muchacho —aprobó el hombre de plástico uniforme translúcido. Sus manos enguantadas, eran como tentáculos de un pulpo inteligente y sutil Eran las manos del peor monstruo que existen en la Creación: el Hombre, convertido en máquina aniquiladora.

Cuando llegué ante ellos, uno me confortó con calor humano incluso:

—Será breve. Y sin dolor alguno. El dolor se ha desterrado en nuestra sociedad desde hace mucho tiempo. Sólo se produce si realmente se desea producirlo, ¿entiende?

Asentí. Yo entendía. Sí, entendía muchas cosas. Aquellos últimos días, años, siglos o milenios, me habían enseñado a entender cosas que ningún otro hombre hubiera comprendido tal vez.

—¿Y… y Aureo? —le pregunté de repente, cuando echábamos a andar hacia el desconocido y alucinante superquirófano.

Se miraron entre sí. Hubo un encogimiento de hombros. Y una seca respuesta indiferente:

—Murió —me dijeron—. Ejecutado. Esta vez fue de verdad. Raines. La última.

No dije nada. Ya sabía eso. Les seguí.

No había otra cosa que hacer. Ni siquiera podía escoger entre aquel destino o la muerte. Me estaba prohibido elegir. Ellos escogían mi destino.

6

Ya estaba hecho. Mi mente no era mía. Al menos., no totalmente mía.

Yo podía saberlo. Podía sentir dentro de ella los nuevos centros nerviosos activados o alterados, las células artificiales, que me convertían en una dócil máquina de obedecer. Yo seguía siendo Mark Raines. Pero sabía que solamente podría pensar a mi antojo mientras ellos me dejasen.

Mi cerebro era lúcido, tremendamente claro. Recibía, como un potente receptor de radio, diversidad de ondas y frecuencias. Miles de sutiles sintonías telepáticas se agitaban y entrecruzaban en auténticas «centralillas» cerebrales injertadas por sus métodos científicos delirantes y fabulosos.

Yo sabía todo eso. Como sabía que, mientras no diese motivos para ello, dejarían que mi mente funcionara a su ritmo normal y propio, sin interferencias ni controles tiránicos. Pero en cuanto tratara de evadirme… sería brutalmente teledirigido en la dirección por ellos escogida. Tal vez por eso, mediante un severo autocontrol, me exigía a mí mismo una sumisión y pasividad totales, al reintegrarme a mi encierro de cobaya humano.

No vi de nuevo a Marsha. Había sido destinada a otro lugar de la inmensa colmena que era aquel centro científico del planeta Z-2306. Lo supe sin necesidad de decírmelo nadie. Algún perdido

centro receptor de mi nuevo cerebro reactivado, recibió esa información automáticamente.

Traté de no preocuparme, de no pensar en ella. Eso era difícil, exigía un tremendo esfuerzo de voluntad, pero logré los resultados positivos en mi empeño. Mis controladores remotos se sentirían satisfechos, en tanto mi mente no me traicionase.

En mi regreso a mi celda, una banda magnética en movimientos me condujo, fría y mecánicamente, por largos corredores de muros metalizados, hacia el lugar es» cogido para mi nuevo encierro.

Cuando pasaba la banda frente a un punto del gran edificio, experimenté dentro de mí una ligera sacudida, e intenté controlar, con éxito, mis reflejos mentales. Acaso el propio poder inyectado a mi mente por los supercirujanos del planeta, tuvo su influencia en que yo pudiera seguir adelante sin revelar nada especial en mi gesto.

Acaso fue eso, o mi propia fuerza de voluntad. Porque, inmediata, intuitivamente, supe que pasábamos ante un lugar que era centro, partida y punto de destino de los métodos de viajar en el Tiempo y el Espacio.» el gran secreto científico de aquellos superhombres del remoto futuro de una Humanidad superior pero terriblemente deshumanizada.

El TransCrono... El centro vital del sistema, del «viaje» al Pasado o al Futuro... El prohibido sistema que escogiera Aureo para escapar de ellos y su tiranía...

Acaso era algo más que intuición. Tal vez mi nueva orientación mental había hecho de mí un hombre particularmente sensible a ciertas cosas. Estaba convencido de que podía saber cosas que no sabía en modo alguno por medios lógicos y racionales.

En el Planeta Habitado Z-2306, muchas cosas, evidentemente, eran distintas a como en la Tierra se habían tenido por norma. La distancia en Tiempo y Espacio, cambiaba muchas cosas, evidentemente. Y el cambio fundamental, era yo mismo. Yo. El Hombre.

Al entrar en mi celda, me aguardaba una nueva sorpresa. Pero en cierto modo, yo estaba ya completamente al margen de las sorpresas. No me alteré demasiado al verme ante un personaje desconocido, con las ropas tremendamente simples, rígidas y a la vez flexibles, de los seres de aquel remoto mundo.

Nos miramos ambos. Había agudeza y profunda inteligencia en sus ojos incoloros, fijos en mí.

—Soy Zeldt —me dijo—. Magistrado Ejecutivo del Centro de la Ciencia.

El Centro de la Ciencia. Evidentemente, el lugar donde me encontraba yo ahora. Un colosal recinto, en una ciudad inimaginable para mí. Un lugar donde se manejaba a los seres vivos e inteligentes, como simples conejos de Indias en laboratorios y quirófanos, acaso buscando prodigios biológicos, superrazas para otro futuro más lejano.

—¿Qué es lo que quiere? —pregunté.

Me expresaba con facilidad en su lengua, o él en la mía, de eso nunca estaré totalmente seguro. Me pregunto si realmente era un intercambio de palabras, o bien de pensamientos, un puro enlace telepático.

—Le traigo su Certificado —dijo.

—¿Certificado? —indagué extrañado.

—Eso dije... Certificado Sex.

—Certificado Sex —volví a repetir estúpidamente—. ¿Qué es?

—Su medio de pasar a las Galerías de Hembras.

Entendí. Era horrible. Todo funcional, mecánico, previsto, cerebral. Nada de idilios, deseos ni instintos sexuales. Galerías de Hembras, certificados y cosas así. El amor dirigido, controlado, convertido en síntesis biológica.

—Creo entender —dije—, ¿Qué debo hacer allí?

Él sonrió. Sin malicia siquiera, pero acaso con cierta compasión irónica hacia mis primarios sentimientos respecto a la mujer.

—No creo que haya que enseñarle nada en ese terreno —señaló Zeldt—. Es usted un humanoide de sexo masculino. El macho de la especie. Lo demás, es biología pura, al menos en su mundo.

—Sí, al menos en mi mundo —suspiré, hastiado.

—Se le asignó la Galería 111. Usted podrá elegir a su Hembra. No siempre la misma, por Supuesto. Durante un período de tiempo, elegirá a varias de ellas. Sus reacciones serán minuciosamente controladas por nuestros Lectores Mentales, y traducidas a datos científicos. También se comprobarán diversas formas de reproducción y todo eso.

«Y todo eso». Como quien habla de criar polluelos en una granja.

Posiblemente, aunque eran tan humanos como yo, al menos en apariencia física y en estructura material, no era muy diferente el proceso y su desarrollo hasta el fin de la experiencia científica.

—Es horrible —dije—. Todo esto es horrible.

—Para usted, posiblemente —se encogió de hombros—. Su mente es la de una forma de pensar y sentir tremendamente retrógrada, Raines. Queremos estudiarles como especie terrestre de otros tiempos, para comprobar si es posible la evolución en ustedes.

—No queremos nada superior, que no venga por su propio curso natural, Zeldt.

—No se trata de que quiera o no, Raines. Es una pieza de experimentación nuestra, en estos momentos. Y seguirá siéndolo hasta que el Consejo decida de modo definitivo. Por otra parte, nuestro avance mental y técnico nos vino por el curso natural del tiempo. Piense que un abismo de siglos y de años-luz de distancia nos separan.

Se dispuso a marchar, sin añadir una sola palabra más. Pero repentinamente, pareció acordarse de algo demasiado trivial para haberle dado excesiva importancia. Y me lo comunicó, ya cerca de la salida:

—Raines, tiene que venir conmigo ahora a cumplir un formulismo algo estúpido —dijo.

—¿Yo? —me sorprendí—. ¿Adonde?

—Deberá ver el cadáver del ejecutado Aureo. Ese fue su último deseo, antes de morir. Y todavía en nuestra sociedad, se atienden los últimos deseos…

Me estremecí. Recordé una noche en un pasado remoto, en un mundo distante y perdido en el Universo, pero que era mi mundo propio. Una noche en San Quintín…

—Está bien —dije—. Iré allá.

* * *

Las cosas no habían parecido cambiar mucho.

Sólo el aspecto del lugar, del féretro, que era como una urna transparente y flotante, las ropas del cuerpo…

Por lo demás, otra vez, en un tiempo y lugar diferentes, volvía a morir Siodmak, o Lázaro, o Aureo…, o Tanak.

Era una de sus mil y una muertes siempre repetidas y siempre

inconclusas. Sólo que, en esta ocasión, sí parecía definitivo. Tremenda, totalmente definitivo.

Estaba muerto. Muerto de verdad.

Yacía allí, frente a mí. Inmóvil, yerto, pálido, céreo, como dormido en un sueño de eternidades, en un reposo que iba más allá de su propia pirueta increíble sobre el Tiempo y las Galaxias.

Ejecutado por los suyos. Muerto al fin. De aquella sociedad, de aquella civilización, no era fácil escapar con vida, burlando la fría lógica y el curso implacable de los hechos y de las personas.

Además, «él» estaba ahora en su propio lugar en el Tiempo y el Espacio. De modo que era prácticamente imposible evadirse una vez más a la Muerte. En esta ocasión, el ser llamado Aureo, había ido a morir en su exacto momento. Sin evasión posible.

Aun así, contemplé con incertidumbre, con cierto interior desasosiego. Claro que tenía que estar muerto. Pero yo sabía ya demasiado de aquel eterno Lázaro a través de los siglos, para estar totalmente seguro de nada.

¿Por qué había pedido otra vez que estuviese ante él, en esos momentos en que ya nada podía hacerse?

Y, de repente, algo sucedió allá, en un rincón remoto de mi cerebro.

Algo, como una lucecilla roja, brilló fugaz, deslumbradora, para extinguirse casi en seguida por completo.

Una chispa, un brote fulgurante y pronto extinguido de claridad mental, de certidumbre sobre algo... Algo que yo mismo no quería admitir pero que, sin duda, era cierto...

«El» vivía.

Aún no había muerto. Una célula, una parte insignificante de aquel cuerpo inerte, no había dejado de existir. Algo, en el hombre eterno, se resistía a morir por completo. Quizá era posible aún volverle a la vida. Sí, pero ¿cómo?¿Cómo?

Era eso, sin duda, lo que quiso decirme, lo que me transmitía, no sé cómo. Tuve miedo. Miré a cuantos miraban a mi lado el cuerpo rígido de Aureo. Sorprendido, noté que no se alteraban, ni se sorprendían, ni me miraban siquiera, o ponían recelo alguno en la fría contemplación del muerto.

Sin embargo, ellos podían leer en una mente operada por sus cirujanos diabólicos. Ellos habían adaptado mi cerebro a sus

circuitos de lectura y de control. ¿Qué estaba sucediendo en ese caso?

—ESTÁ EN LO CIERTO, RAINES. ELLOS NO PUEDEN LEER SU MENTE AHORA. NI CAPTAR NUESTRA CONVERSACIÓN... ELLOS NO PUEDEN HACERLO PORQUE HE LOGRADO PRODUCIR UN FALLO, UN BLOQUEO DE LOS CIRCUITOS DE LECTURA DE SU CEREBRO OPERADO.

Casi di un respingo. Me costó mantenerme frío, sereno, inexpresivo.

No eran palabras las que había captado esta vez, pero llegaban a mí esos pensamientos tan claros, tan limpios y rotundos, como si Aureo gritara cada una de las frases en mi oído.

Y sabía que era él. Sabía que aquel hombre tendido en una urna de muerte, era quien me estaba transmitiendo el mensaje telepático.

Un mensaje que sólo yo podía captar. Pero ¿y mi posible respuesta mental? ¿La captaría él? ¿Sería yo capaz de emitirla limpiamente, sin que nadie sino Aureo la pudiera entender?

—SI, RAINES. PUEDE HACERLO. LO HE CONSEGUIDO. ELLOS SIGUEN LEYENDO AHORA ESPACIOS VACIOS O SUPERFICIALES DE SU MENTE SOMETIDA A LA CIRUGIA DE ESTA GENTE. PODEMOS COMUNICARNOS IMPUNEMENTE LOS DOS. PUEDE HACER ESO, Y TAMBIEN PENSAR CUANTO QUIERA, PUESTO QUE EL BLOQUEO DE CIRCUITOS ES EL ADECUADO.

Había sido la respuesta de Aureo. Su respuesta. Miré los rostros herméticos de los demás seres que me acompañaban en aquel recinto funerario, amplio y frío.

Supe que, de un modo u otro, nuevamente Lázaro volvía la vida, como en los textos evangélicos. Nuevamente el Hombre, no sé cómo, se rebelaba contra su destino y no terminaba de morir...

7

La comunicación mental continuó durante unos instantes. Rápida, apremiante, con la máxima urgencia. Tenía que ser así, porque pronto sería apartado del cadáver de Aureo.

Para entonces, necesitaba yo haberme comunicado con él totalmente, saber lo que quería decirme, dónde estaba la esperanza de salvación para todos. Porque intuitivamente, yo estaba seguro de

que eso es lo que buscaba mi amigo de San Quintín. Mi extraño, fascinante e increíble amigo…

«—Raines, está en lo cierto —seguía recibiendo su mensaje con claridad—. De usted depende todo ahora. Yo, en apariencia, sigo muerto. En realidad, casi lo estoy por completo esta vez. Tenga en cuenta que vivo en mi propio tiempo, y aquí no hay evasión posible a lo natural. Pero aún queda algo vivo en mí. Aún puedo escapar de este lugar con vida, si usted me ayuda de nuevo, como me ayudó en otro momento y lugar…»

«—¿Cómo en San Quintín?» —indagué.

«—Sí, como en San Quintín —afirmó su pensamiento—, Pero de otro modo más eficaz. Aquí, es usted quien debe hacerlo todo. Mi fuerza mental es escasa ya. Aun así, logré desbaratar con mis impulsos psíquicos su circuito. No sé si terminarían dándose cuenta y desbaratando a su vez mí plan. Por eso urge actuar. Además van a llevárselo ahora a su celda o a alguna maldita galería de experimentación de las suyas.»

«—Sí estoy seguro de eso» —afirmó mi mente.

«—Escuche entonces. Para volver a su celda pasará por la sala TransCrono.»

«—Sé dónde está. Mi intuición o nuevo modo de ver mentalmente las cosas me permitió adivinarlo.»

«—Bien. Entonces actúe. Nadie captará sus pensamientos en tanto siga el bloqueo. Entre en el TransCrono y hágalo actuar. Sitúe las indicaciones y coordenadas en su lugar exacto para partir hacia la Tierra usted y yo.»

«—¿Y Marsha?» —indagué angustiado.

«—Cielos es cierto. Espero que pueda captar sus pensamientos a distancia y traerla de algún modo a tiempo. De cualquier forma esa tarea déjela en mis manos. Usted ocúpese del TransCrono. Le bastará marcar un siglo determinado un año concreto, coordenar sobre un tablero luminoso azul las líneas que toquen la Tierra… y disparar el resorte rojo. El traslado será inmediato.»

«—Dicho así parece muy fácil. Pero ¿cómo diablos llego al interior de la cámara, cómo pongo en funcionamiento el TransCrono, cómo puedo burlar a los guardianes y vigilantes del Centro de la Ciencia?»

«—Usted Raines tiene encima de sí los medios para todo ello.»

«—¿Yo? —me sorprendí enormemente—. ¿Eso es posible?»

«—Lo es. Recuerde los objetos que le doné en San Quintín. Los lleva aún consigo. Puedo detectarlos.»

Los objetos... Recordé. En mis bolsillos, aparentes objetos sin valor: las llaves en el viejo aro oxidado, la billetera sin documentos, la medalla con la Cruz Ansata...

«—No entiendo —gemí—. No entiendo... Esos objetos no tienen sentido...»

«—Rápido. Van a separarnos ya, Raines —me apremió la mente de Aureo—. Escuche bien: la pequeña llavecita dorada..., la de arabescos... Es la llave. LA LLAVE., ¿entiende?»

«—No del todo...»

«—Oh, Dios... Atienda bien. Esa llave es algo más que una llave vulgar. Su materia fue producida por mí con vieja alquimia de sus tiempos medievales... Logré algo que parece oro, pero que es otro metal. Un metal singularmente radioactivo y magnético. Hará funcionar los circuitos del TransCrono, le abrirá la puerta de la cámara de Viaje en el Tiempo... Y luego, otra llave antigua, oscura, fea y aparentemente inútil... destruirá la Máquina de viajar en el Tiempo.»

«—¡DESTRUIRLA!»

«—Es necesario, amigo mío. No vacile. No dude en hacerlo así, o todos estamos perdidos. Apenas haga funcionar el TransCrono..., ¡destrúyalo!»

«—Sí, sí, pero ¿cómo?»

«—Simplemente aplicando la vieja llave gótica a la ranura de control que verá junto al botón rojo, cuando lo pulse. Será proyectado a la Tierra, en su época..., justamente en el momento de estallar el TransCrono. Les costará siglos enteros crear otro. Raines. Y ya nunca, NUNCA volverán a por nosotros. Al menos, en el tiempo que nos toque vivir en su mundo...»

«—¿Usted también quiere vivir una existencia prestada, en un lugar que no es el suyo?»

«—Quiero intentarlo, al menos. Vamos, vamos, no pierda tiempo. Esas llaves son la única esperanza. Con ese fin las hice yo mismo, en el transcurso de los tiempos... Raines, no pierda la fe. Trataré de devolverle a Marsha, amigo mío...»

Me apartaban ya del cadáver. Me encogí de hombros con aire

indiferente.

—Pobre amigo —murmuré entre dientes, ya desconectado mentalmente de Aureo.

—Es la Ley. Tenía que morir —dijo uno—. Nadie puede escapar a su Tiempo y su lugar en el Espacio.

—¿Por qué, entonces, crearon una máquina para trasladarse en el Tiempo?»

—Es un hallazgo científico, de exploración y de estudio. Sólo en su caso, por medidas de estricta seguridad, fueron trasladados dos seres a nuestro planeta y época. Tiene que ir a la Galería 111.

Salimos de allá. Nos encaminamos por las cintas rodantes, hacia el lugar destinado. Mis ojos se fijaron súbitamente en algo. La TransCrono. Estaba allí, cerca de mí, tras un muro aparentemente terso y sin fisuras. Aureo no me había explicado cómo abrir puerta alguna en aquella pared metálica. Tal vez ahí estaría nuestro fracaso.

Pero de alguna parte, me llegaron ondas mentales, muy débiles ahora:

«—Raines, no tema nada. En cuando se acerque, el magnetismo de las llaves abrirá automáticamente la puerta invisible... Lo demás, tendrá que ser puramente físico. Usted es fuerte y atlético. Pegue. Pegue fuertemente, como si estuviera en su mundo.»

Sonreía mentalmente. Eso era más rudimentario. Me gustaba la idea de golpear a aquella gente que me rodeaba. Me gustaba mucho. Era una idea casi embriagadora. Hacía mucho que no daba expansión a mis más humanos y primarios sentimientos.

Caminé tranquilo, seguro, dueño de mí mismo, sin inmutarme lo más mínimo, controlando no sólo mis pensamientos, sino mis nervios, mi estado de ánimo.

Lo que iba a seguir era demasiado importante, demasiado trascendente para todos. Tenía que poner en ello todo mi afán, todo mi esfuerzo. Tenía que hacerlo con mis cinco sentidos.

El TransCrono...

Estaba ya cerca. Muy cerca. Lo sentía, lo intuía, casi notaba su excitante proximidad, con todo cuanto ello significaba para nosotros...

Pero ¿Y Marsha? ¿Y ella? ¿Se quedaría como rehén en aquel espantoso mundo lejano, tal vez para siempre? Era una idea

aterradora. Y, sin embargo, resultaba natural admitirla así.

No podía hacer nada por ella. No me estaba dado elegir. Sería un doloroso, tremendo impacto para mí. Pero no podía quedarme allí.

Rogué mentalmente que mi amigo pudiese atraer a Marsha, salvarla de alguna forma. Yo conté los pasos. Me vi ante el muro tras el cual funcionaba la prodigiosa Máquina de viajar en el Tiempo.

Respiré hondo. Me dispuse a actuar inmediatamente.

Y actué.

* * *

Nunca había dado golpes como aquéllos. Creo que nunca los daré.

Ellos eran cuatro y yo solamente uno. En un instante, mis puños se convirtieron en auténticos mazos. Parecieron ir cargados de dinamita al estallar contra rostro, hígado o estómago de mis adversarios.

Fue una lucha feroz, rápida, despiadada, que tenía muy poco que ver con la forma helada y aséptica, cerebral y biológica, de imaginar la existencia humana, de aquellas gentes que me rodeaban.

No hay duda de que quedaron sorprendidos. Tremendamente sorprendidos, además. Por otro lado, comprobé muy satisfecho algo que ignoraba yo poco antes: eran débiles. Muy débiles físicamente. Resultaba natural Toda su fuerza estaba en sus mentes, en sus laboratorios, en sus estudios y su ciencia.

Me felicité de ello. Mis rodillas y puños hicieron un auténtico destrozo, un caos en el grupo. En alguna parte vibró una larga, ululante sirena de alarma. Eso atraería a gentes armadas con artilugios que no podría vencer.

Ahora ya sabían todos que había logrado rebelarme contra el Sistema, y eso resultaba peligroso.

Me precipité, tras abatir a mis cuatro adversarios, hacia la puerta invisible, hacia el muro metálico, inexpugnable en apariencia. Resultó como dijera la mente de Aureo.

Hubo un chasquido amortiguado, suave, y se deslizó un panel hasta entonces invisible, permitiéndome ver el interior de una

cámara de luminiscencia verdosa, donde penetré con celeridad, mientras a mis espaldas se volvían a ajustar las puertas herméticas, y el sonido de la sirena crecía de tono, uniéndosele otro zumbido agudo, posible» mente el dispositivo de alarma que advertía de la entrada de un extraño en el TransCrono.

Me encontré dentro de la Máquina para viajar en el Tiempo.

La primera parte del plan había resultado perfecta.

Ahora tocaba lo complejo. Y me dediqué a ello vertiginosamente, poniendo en ello todo mi mayor afán.

Contemplé los mandos y controles del gigantesco panel situado ante mí, entre vibraciones, centelleos electrónicos, rodar de mecanismos y zumbido de miles y miles de circuitos complicadísimos.

No podía entender nada de todo aquello, ni tan siquiera lo pretendía. No era eso lo que había ido a hacer allí ahora.

Sencillamente, actué como me había pedido la mente de Aureo. Me incliné sobre los controles. Utilicé las llaves y la máquina zumbó apenas estuvo ante ella la pequeña, insignificante llavecita dorada.

Moví unos mandos. Puse sobre una pantalla luminosa las cifras de mi época, y en las coordenadas de un tablero espacial azul busqué el Planeta Tierra y le hice pasar por su punto exacto las líneas de Tiempo-Espacio. Luego, acerqué mi mano al botón rojo.

Y, al mismo tiempo, con un escalofrío, la llave gótica a la rendija inmediata.

Si destruía la Máquina y Marsha no venía con nosotros... ya jamás lo haría. Se quedaría para siempre allí, en un mundo y una época que no le pertenecían, hasta morir, tras ser brutal, despiadadamente utilizada como elemento de experimentación biológica en el mundo helado de los supercivilizados...

Aun así, tenía que hacerlo. Por «él», por mi amigo de las mil y una vidas y las mil y una muertes...

Sería como cerrar herméticamente, para siempre, una puerta abierta a nuestro mundo, a nuestra época, a todos los mundos y todas las épocas.

Además, era el retorno. Nuestro retorno. Aunque mi amigo posiblemente no tuviera lugar ni sitio en parte alguna, adonde acudir a encontrar su exacto emplazamiento como ser viviente.

Lentamente a mi juicio, la Máquina funcionó.

Avancé mi dedo, oprimí el botón rojo…

Y puse la llave gótica en su lugar.

Coincidiendo con todo ello, me llegó a la mente una vaga, lejana oleada de pensamientos. Una frase, una idea, una noticia deslumbradora e increíble:

«—Raines, no padezca más… No sufra, amigo mío. Todo está bien. Tengo a Marsha. TENGO A MARSHA A MI LADO AHORA, JUNTO A MI CADAVER. Vamos a viajar JUNTOS. Nos reuniremos con usted en el camino hacia el pasado…»

Ya no tuve tiempo de más. Parecí estallar, reventar, pulverizarme, distenderme y hacerme polvo, vapor o humo o fragmentos de galaxias destrozadas, flotando en un negro vacío sin principio ni fin.

En mis oídos, los ecos de una remota explosión o de un estallido brutal, que todo lo disgregaba, se unió a la sensación de ingravidez, de inconsciencia, de inexistencia, que me envolvió totalmente, ahogándome en una espiral infinita, dando tumbos en el Tiempo y en el Espacio, solo a través de lo Desconocido.

Solo… y esperando que, por otro punto de la misma ingente espiral, flotaran ya «Lázaro» y ella…

Esperando. Confiando. Rogándolo al Creador de todos aquellos prodigios.

Luego, ya no supe más. Me sumergí en esa oscuridad, en esa nada, absorbido por la vorágine sin dimensiones de la espiral del Tiempo y de los Espacios cósmicos…

CONCLUSIÓN

— Mark… Mark ¿estás bien?

Me pregunté si estaba bien o mal. No supe qué responder. Tampoco supe qué responderle a ella.

En vez de eso me mantuve silencioso. Salí al exterior, a la azotea que dominaba la ciudad con sus luces y edificios con sus rascacielos y sus colinas con sus muelles y embarcaciones.

En algún lugar sonó la sirena de un remolcador. La noche era pegajosa y húmeda.

—¿Estás bien? —insistió ella.

Di unos pasos. Apoyé mis manos en la barandilla. Miré a San

Francisco.

—No sabría decirlo. No sé, Marsha —susurré.

Quedamos en silencio. Oí su leve taconeo. Ella llegó junto a mí. Se quedó mirando hacia la noche hacia la distancia.

—¿En qué piensas? —me preguntó al fin.

Sonreí triste pensativo. Cambiamos una mirada los dos.

—¿Lo preguntas? —fue mi réplica.

—No debería hacerlo —murmuró Marsha—, Creo que ambos pensamos lo mismo.

—Sí, creo que sí —suspiré.

—¿Lo pensaremos durante todas nuestras vidas, Mark?

—Puede ser —me encogí de hombros.

—Una vida es mucho tiempo, Mark, para pensar en lo mismo…

—Tiempo… ¿Mucho tiempo, dices? —solté una leve carcajada—. Suena algo irónico en este caso, ¿no te parece?

—Es posible —inclinó la cabeza—, A veces me siento tan confusa, Mark.

—Yo también, Marsha.

—¿No sería…?

—¿Un sueño? —moví negativamente la cabeza—. Hemos hablado de eso muchas veces ya. Sabes que no fue un sueño. Existe una tumba con el nombre de Janos Siodmak, en el cementerio de San Francisco…

—Sí, pero ¿qué hay en ella? ¿Quién hay en ella?

—No sé. Tal vez esté Siodmak mismo.

—¿Muerto? El nunca muere… Siempre es Lázaro resucitando.

—Alguna vez se muere, Marsha. Alguna vez. No sé cuándo, pero incluso «él» morirá un día, estoy seguro.

—No murió ni siquiera en su tiempo. ¿Cómo pudo ser eso, Mark?

—Lo ignoro. Por ley natural, debía morir allí. Acaso no todo sea fría lógica ni razón biológica en el Universo. Hay tantas cosas que ignoramos tú y yo, incluso… «él»…

—Mark, me gustaría saber si… si…

—¿Si vive en alguna parte, en algún lugar en el Tiempo? —sonreí —Sí. Me gustaría.

—No tenemos su Caleidoscopio. No podemos saber nada… —hundí las manos en los bolsillos. Tropecé con algo. Lo saqué. Brilló

levemente a la luz de los astros y de los reflejos de la ciudad a nuestros pies.

Lo mostré a Marsha.

—Mira —dije—. ¿Lo recuerdas?

—Dios mío… —tuvo un escalofrío. La Cruz Ansata… Era de… de «él».

—Sí, lo era. No fue un sueño, ¿te das cuenta?

—Claro. Siempre lo supe —me tomó por un brazo con fuerza, estremecida—. ¿Crees…?

—¿Qué?

—¿Crees que ésa es la respuesta? ¿Esa medalla, Mark?

Contemplé la joyita, sorprendido. Sí. Posiblemente fuese la respuesta. Acaso era el destino mismo de Aureo, de Siodmak, de Tanak, de «él»… De Lázaro.

Egipto. Lisia. Su amor imposible en el Tiempo.

Recordé el Viaje. El Regreso.

Hacía tanto tiempo ya… Marsha y yo no éramos aún marido y mujer. Marsha viajaba por su lado. Con «él». Pero al despertar en su apartamento, estábamos juntos los dos, cada uno en un sofá. Y «él» no estaba. «El» nunca volvió.

De eso hacía años» Y sin embargo, nada sabíamos de nuestro Lázaro eterno.

Solamente que estaba en alguna parte. Que siguió su Viaje hacia otro lugar o acaso se perdió en la Eternidad, náufrago del Tiempo y el Espacio…

Giré el medallón hacia su cara vacía. Me sorprendí. Di un respingo y lancé una imprecación.

—¿Qué te ocurre? —se inquietó Marsha.

—Mira… —dije roncamente—. Mira esto…

Marsha miró. Palideció levemente. Se apoyó en la baranda de la terraza.

—Dios mío… —musitó.

—Marsha, eso no estaba antes aquí…

—No. Nunca estuvo…

Miramos ambos la otra cara del medallón. El lado vacío.

Ya no estaba vacío. Había allí un bello grabado con un viejo esmalte policromado. Un grabado con dos rostros egipcios. Una hermosa mujer de ojos rasgados. Lisia, Y un hombre. Un hombre de

rasgos enérgicos, de hundidas mejillas, de ardientes ojos.

Lisia... y «él». Tanak, para esa época.

—Viajó esto de alguna forma hasta nosotros —murmuré—, Tanak y Lisia... en Egipto. Dos mil años antes de Cristo. Eligió esto ¿entiendes? El, ahora, en el Tiempo, está viviendo su gran amor imposible.

—Sí, Mark —musitó Marsha, abrazándose a mí. Tembló—. Tengo frío, amor...

La besé. Entramos en casa.

Nunca jamás oímos hablar de nadie que resucitara. Nunca vimos a nadie parecido a nuestro Lázaro de la Eternidad.

Nunca más.

Pero nosotros sabemos dónde estuvo una vez en el Tiempo, hasta morir como cualquier mortal. Sabemos dónde está, viviendo el eterno presente de los tiempos...

FIN